



El Chispero

Semanario Antiflamenguista

Director ~ Eugenio Noel

Redacción y Administración:

::: Barquillo, 18, pral. :::

: Precios de suscripción :

Un trimestre 1,50 ptas.
 „ semestre. 3 „
 „ año 5 „
 Extranjero, un año 7 „

Los que se suscriban por un año
 recibirán sin aumento de precio los
 extraordinarios de "Exposición de
 Arte,, de Navidad, "Educación de
 la Mujer,, y "Número de los Niños,,

Diez céntimos.

::: Número sexto :::

del verdadero FLAMENCO.

Año I. Núm. III.

::: 31 Mayo 1914 :::





Frontón del templo de Zeus en el recinto de Olimpia y ciertamente la obra más bella que se haya realizado jamás. Es la epopeya de la forma humana en su grado divino.

¡Oh, el arte de los toros!

Estamos conmovidos. España vuelve a ser grande y se halla en vías de que no se ponga

Manes de Cúchares y Costillares España os debe inmensa gratitud! Si decayó nuestro poderío, espiritualmente lo vamos reconquistando. O al menos, nos hacemos la ilusión, que no es poco.

La nación muéstrase jubilosa, con el noble orgullo de sus grandes destinos. La torería, lo castizo, el vaho de la sangre y el calor de la arena, la refulgencia de los alambres, la vistosidad de las sedas, el arte de los Gallos, la fenomenalidad de Belmonte y las estocadas del Machaco son el desideratum de la raza. Otra vez perderíamos nuevos dominios, si las espadas de nuestros generales supieran conquistarlos antes, y el gran pueblo español acudiría al circo taurino a corear gallardías y a apostrofar a la presidencia. ¡Oh, el divino arte de los toros!

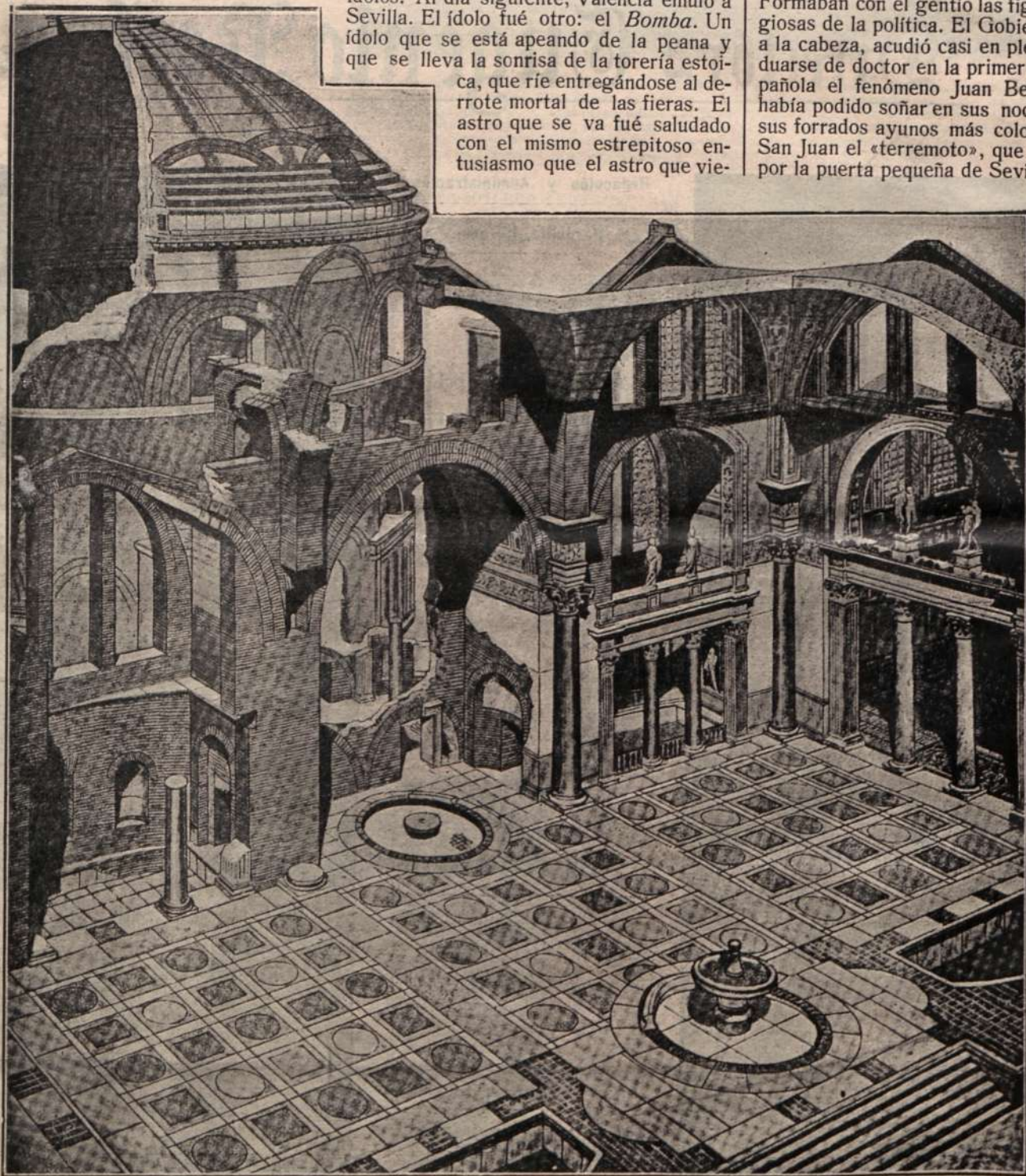
Estos días son de gala para España; deben colgarse los balcones e iluminar los edificios. Belmonte, ese astro nuevo que hace palidecer a las rutilantes estrellas de la torería, tuvo su apoteosis en Sevilla. El pueblo de los heroísmos trágicos lo abrazó, lo estrujó, lo alzó en

hombros, y la muchedumbre, adorándole en lo alto, lo transportó triunfalmente a su domicilio, vociferando hasta enronquecer. San Juan el «terromoto» quedó santificado sin cánones. El gran pueblo no necesita ritos para erigir sus ídolos. Al día siguiente, Valencia emuló a Sevilla. El ídolo fué otro: el *Bomba*. Un ídolo que se está apeando de la peana y que se lleva la sonrisa de la torería estoica, que ríe entregándose al derrote mortal de las fieras. El astro que se va fué saludado con el mismo estrepitoso entusiasmo que el astro que vie-

coronada villa se volcó en el circo taurino, y allí ofreció el más grandioso espectáculo de nuestra historia. No faltaba detalle; ni siquiera se notó la ausencia del «primer flamenco de la nación». La plaza estaba de bote en bote. Formaban con el gentío las figuras más prestigiosas de la política. El Gobierno, con su jefe a la cabeza, acudió casi en pleno. Iba a graduarse de doctor en la primer Universidad española el fenómeno Juan Belmonte, que no había podido soñar en sus noches en claro y sus forrados ayunos más colosal epopeya. A San Juan el «terromoto», que entró en el cielo por la puerta pequeña de Sevilla, se le abrieron de par en par los grandes portones de Madrid, y de aquí al cielo con todos los honores y preeminencias. Y para asistir a su consagración definitiva, toda España, la grande, la heroica, la inmortal, envió nutridas y preclaras representaciones.

¡Oh, qué gran pueblo! Untoro, dos tres, fueron retirados al corral. Las protestas se menudearon se gritó hasta enronquecer; pero se abría de capa el fenómeno, y en el cielo, nublado, resplandecía un rayo de luz. La muchedumbre alternaba el apóstrofe villano con el palmoear delirante. *Machaquito*, el valeroso, dió una gran estocada, y se desbordó el contento del

pueblo con estruendoso chocar de manos. El Gallo recibió groseros insultos, emparejados entre ovaciones. Pero Belmonte, el fenómeno, va a torear. Se hace un silencio sepulcral «para oír mejor». Toda la nación está pendiente de la labor del trianero. Y éste se cuadra, «dando cadera», y comienza a ve-



Interior de las Termas de Caracalla (según la reconstitución de Viollet le Duc). Eran los baños públicos más hermosos de Roma y sin duda alguna el modelo de baños públicos más práctico y grandioso que nos legara la antigüedad. Los alemanes que con los norteamericanos e ingleses parecen haber heredado el genio latino en lo que tenía de grande, robusto y bueno han copiado este género de baños municipales a la perfección. En Leipzig por un precio insignificante se puede uno bañar de veras e ilustrar al mismo tiempo en el asunto más interesante para un hombre moderno, la higiene del cuerpo de piel adentro; no de prestancia externa, flamencos, de esa arrogancia *maja* que hemos confundido con el aire de la salud clara y serena.

ne a iliminar el cielo del arte netamente español. El pueblo estalla de contento de vivir, y sólo tiene manos para instrumentar ovaciones y bocas para modular estentóreos vítores. ¡Gran país!

Ayer, en la cruzada epopeica, le tocó el turno a Madrid, la corte de las Españas. La

pueblo con estruendoso chocar de manos. El Gallo recibió groseros insultos, emparejados entre ovaciones. Pero Belmonte, el fenómeno, va a torear. Se hace un silencio sepulcral «para oír mejor». Toda la nación está pendiente de la labor del trianero. Y éste se cuadra, «dando cadera», y comienza a ve-



Otro de los frontones del templo de Zeus, visión que por su sencillez y grandeza causa espanto y alegría infinitos. ¡Inmenso campo de batalla es el hombre! decía Hugo...

roniquear «sin enmendarse». Estallan las ovaciones formidables, que atruenan el espacio, y al «recortar» San Juan el «terremoto», todo el pueblo, en pie, frenético, aclama y consagra al ídolo. Y el ídolo, un tanto esmirriado y contrahecho, se yergue, se empina, crece, se espiritualiza y es, en el redondel, encarnación gloriosa de las figuras del Greco.

No necesita más España. Tiene toreros a quienes adorar, y lo demás, ¿qué importa? Lo indispensable es hacer un plantel de ídolos, para que sean sustituidos los que se esfuman en el ocaso. ¡No más Universidades! ¿De qué sirven? Sobre que nuestras glorias de la ciencia y la literatura son unas babuchas al lado de los astros coletudos justo es reconocer que existen en nuestros centros docentes ilustres profesores que estarían muy en su lugar entre los revuelos del capote de Belmonte. Hay que cumplir los destinos de la raza. Córdoba, la corte de los Abderramanes, ya aporta su grano de arena a la obra patriótica.

Mañana celebrará la apertura solemne de su «Escuela Taurina». Matadores, banderilleros y picadores en embrión encontrarán allí las enseñanzas teórico-prácticas necesarias para asaltar el alcázar de la popularidad. Hasta los espectadores tendrán su clase por módicos honorarios. Esta es una innovación que estaba haciendo mucha falta, puesto que los epítetos, adjetivos y apóstrofes denigrantes bien han menester de renovación. A nuevos tiempos, nuevas costumbres; a toreros fenómenos, imprecaciones fenomenales. ¡A matricularse en Córdoba todos!



Otro crío griego. Natta. Por lo que más queráis, si queréis algo influido para que poseamos hombres, efebos o nenes semejantes. Esto se logra con Termas públicas y juegos olímpicos y gimnasios; esto no cuesta sino tomarse el trabajo de copiar al extranjero. Por caridad, republicanos o monárquicos, dad alguna vez en el clavo. El clavo es la cultura física. Pero no... quedarán.

Tribuna se distingue por una superior iniciación. Ella ha encontrado ya la manera de animar la calle de Sevilla, especie de Agora de la tauromaquia. Por algo se empieza; aunque se obstruya la circulación, bueno es que el pueblo que no tiene acceso al circo conozca gra-

plíe a las calles, y España quede convertida en un inmenso circo. Para lograr tal fin, falta un aula en la «Escuela Taurina» de Córdoba.

Sin esperar a que se complete el culto externo, debe impulsarse la corriente emigratoria hacia Córdoba. No hacen falta facultativos, que sufrirán la competencia de curanderos. Huelga hacer profesores, si de Institutos y Universidades han de seguir saliendo viveros de clericales, cotorras e idiotas. No más hombres de ciencia, benedictinos de laboratorio, a quienes nadie conoce, mientras que «llegando al Morrillo» se gana notoriedad y dinero.

Gobernantes, profesionales de la política, asilados de ministerios y oficinas, literatos, autores y actores, periodistas, obreros de las fábricas, el taller y el campo, desesperados que huyen de la patria mendigos y hampa: ¡Córdoba! ¡Córdoba! Esta es la frase cabalística, el «sésamo» que abre las puertas de la opulencia y de la gloria.

En serio: Contra todo «eso», ¿no sería oportuna y patriótica una enérgica cruzada de la Prensa? No por hostilidad sistemática contra la «fiesta nacional», sino por dignidad de la patria, por espíritu moderno de progreso.



La cara de mujer más hermosa, perfecta y serena que idearon jamás los hombres; los hombres se inspiraron para crearlas en mujeres cuya educación física y moral fueron de una armonía severa y simple.

lita y rápidamente las proezas de los héroes nacionales. Pero esto no basta. Amén de que todos los diarios madrileños secunden a *La Tribuna*, es menester ver la forma de dar al comentario callejero viveza, calor de realidad. Las broncas y las ovaciones del circo deben llevarse a la calle. Que cada «suerte» realizada tenga su comentario ruidoso, de aplausos o silbidos, según sea de justicia. En suma, que el aparato escénico de las corridas se am-

Copiamos este artículo para que — aparte las verdades que contiene — valientemente dichas — se vea la extraña manera de proceder de la Prensa. ¿Pero es que la campaña de un periodista como Noel no merecía atención y ayuda? ¿Esa enérgica cruzada que se pide, no es Noel quien, con audacia sin nombre y sin otros recursos que su fe, la está exigiendo hace dos años y medio? ¿Quién le ha oído en la Prensa para animarle? ¿Qué periodista ha hecho otra cosa que insultarlo groseramente y hablar de exhibicionismos y otras simplezas por el estilo?



Divina corredora de los tiempos de Pericles, tú eres hoy, después de veintidos siglos, modelo de belleza y desecho de hombres no bitongos. Tú eres aún el ideal de los que aman a su Patria y saben que las Razas no se hacen en la escuela solamente, sino que salen hechas de Madres como tú.

La jerga germanesca.

El estudio de estos dialectos sólo interesa a los amantes de la «filología», si bien el de que me ocupo conviene entenderlo, y muy mucho, «en especial» a los individuos de la Policía (Cuerpos de Vigilancia y Seguridad), a los de la Guardia civil, a los empleados de Prisiones y, «en general», a todas aquellas personas que por sus cargos hayan de tratar a gitanos, rufianes, delincuentes, gentes de mal vivir, familia de la «hampa» o individuos



Momia de Ramses II, conservada durante enarenta siglos por procedimientos admirables que son un misterio. Los griegos aprendieron de los egipcios aquella ciencia colosal de cuerpo que les immortalizaba. Entre nosotros las momias son momios: Eso del cuerpo... ¡piscis!

que pertenecen a las más bajas capas sociales.

Hay que distinguir, sin embargo. La «lengua gitana» no es un dialecto canallesco de origen carcelario ni presidial; ni procede, como muchos creen, de los lugares de prostitución, de garitos, tabernas ni cachimanes. El «caló», «zincalé» o «romanó», que así se llama esta forma de lenguaje, usado por los gitanos, tiene por base otro de los más nobles e ilustres, puesto que se deriva de los idiomas «indus», que remontan su origen al sanscrito y

al zend nada menos, o a su procedente el «prakrito».

Además de que las raíces del dialecto gitano delatan a las claras su afinidad y cierta analogía con los que se hablan en los territorios de Multan, Tatta y Gudjerate, del sanscrito corrompido o «brocha», lengua popular primitiva del Indostán, proceden catorce dialectos, y de uno de ellos se cree con mucha razón sea del «hinduí», que lo hablan ochenta millones de habitantes, desde el Golfo de Bengala al Pen-yab, deriva el de que me ocupo.



Como sienten nuestros jóvenes de genio, el espíritu y trape de nuestras mujeres. Habría que preguntarle después de felicitarlo por su maestría: «¿Y por dentro, muy dentro, cómo son?»

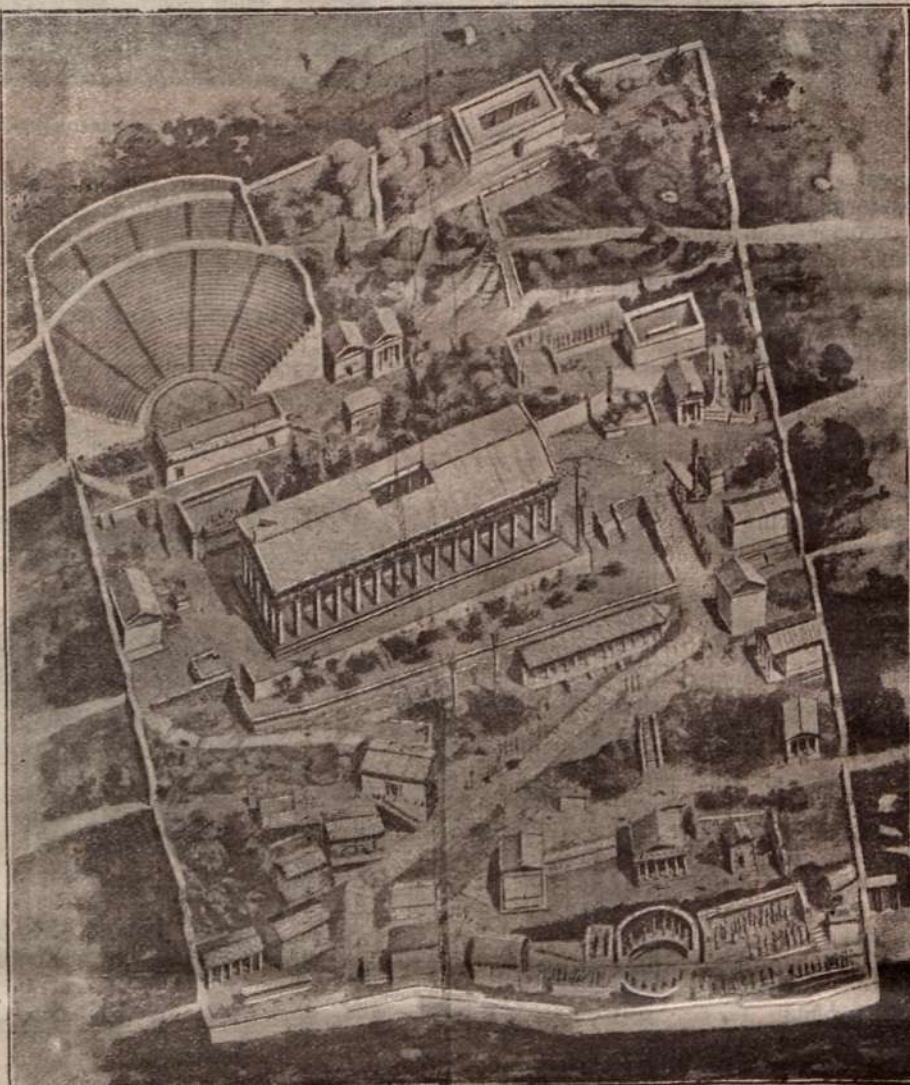
Según manifiestan en sus obras sobre los idiomas indostánicos eruditos filólogos como Grell-

man, Vali, David Richardson y varios más, en aquella lengua tiene sus raíces o primeras voces el dialecto gitano, si bien alterado, desfigurado y corrompido a través de los tiempos y como consecuencia lógica del contacto con los idiomas de las diferentes naciones que han venido atravesando y el continuo roce con los habitantes con quienes convivieron los «tsiganos», que lo importaron.

Opinan muchos autores que la raza gitana procede del Egipto; así lo han hecho creer también sus mismos individuos, y ciertos escritores, entre ellos Covarrubia, que dice: «Gitano: quasi gitano, de Egipto.»

Esta teoría no tiene fundamento racional, puesto que en su lenguaje se encuentran elementos árabes. La mayoría de los lingüistas, como el abate Hervás, ateniéndose a las palabras «tzigán, chingane» y otras, opinan su parecer de que tienen una misma analogía con los zin-

Esta raza debió huir de su país, en opinión de autores de fundamento, cuando las inauditas crueldades de Tamerlan obligaron el año 1400, a los pobladores de las orillas del Sind o Indo a abandonar su patria devastada. Pocos años después, hacia 1417, se manifestaron en



Uno de los recintos de aquella Grecia memorable, triple Universidad, donde los jóvenes vigorizaban el alma, robustecían el cuerpo y elevaban su espíritu a las más puras concepciones del espíritu. Fijáos en el espacio inmenso que daban al teatro. Era entre ellos el teatro, como una cátedra incomparable. Nos place daros esta preciosa reconstrucción de uno de aquellos recintos para consolaros siquiera de la actual situación moral de la Patria. ¿No habrá por ahí un hombre de corazón y de dinero que nos regalara un recinto de estos?... ¡Miau! Si fuera un Asilo o un Convento o un Hospital o un Manicomio... puede...

Francia y Bélgica las primeras bandas de zingaros vagabundos.

Su aparición en España tuvo lugar diez años más tarde, recorriendo la mayoría de las poblaciones de la península y estableciéndose en sus arrabales.

Volviendo a su lengua y de procedencia indostánica y de ilustre origen plenamente demostrado, se ha hecho ver con toda claridad asimismo la identidad del habla y los



Un bouquet de flores en una plaza de toros. La galantería no impedirá al pensador decir a esas flores que ese no es su sitio, que en ese sitio, solo deben estar los cardos, la cicuta, las ortigas, los nenes bitongos y las pencas de las chumberas. Pero si esas flores se enfadan no será yo quien las prohíba oler sangre de caballo viejo y oír los repugnantes dieterios que en esos sitios se oyen.

ganes del Indostán. Ludolfo, Miklosich, Blumebach y muchos más convienen en que descienden de alguna de las numerosas tribus errantes que se encuentran en la India.



Una preciosa fantasía sobre el eterno motivo de la mantilla. Este aparato o adorno cerebral es una pieza procedente de las vestiduras admirables de las Tanagras. Nosotros hemos mezclado la mantilla a la sangre de caballo, al vino, al sol del tendido de sol y a la navaja; y hoy es un símbolo ortopédico.

sonidos semejantes más o menos expresivos entre los gitanos de todos los países.

La estima de tal dialecto por los buenos filólogos se evidencia teniendo en cuenta que el célebre Mezzofanti, profesor de idiomas en la Universidad de Bolonia, lo prefería a todos los demás por su armonía, suavidad y expresión; y el ilustre inglés J. Borrow en 1837 tradujo al caló de España el Evangelio de San Lucas con exacta y verdadera precisión gramatical.

En nuestro país han sustituido las reglas del arte de la Gramática a algunas de las particularidades del primitivo lenguaje, lo mismo en la declinación de los nombres, conjugación de sus verbos (que todos tienen la terminación «ar») y en su sintaxis especialmente,



El eterno balcón y las eternas mujeres españolas. Muy buenas, muy buenas, muy buenas y llevando una vida necia de harem o gineceo. No salen sino al balcón, y no salen sino para criticar, ver procesiones o ir a la iglesia a sumergirse en misterios no más oscuros que el interior de su alma.

aunque dominando las incorrecciones y vicios de pronunciación entre los habitantes de Andalucía, la región de España donde mejor arraigaron los gitanos.

Además, se ha completado el léxico con todas las partes de la oración en sus diversos géneros y números.

Sin embargo, los primitivos elementos del «caló» son pocos y pobres: se aumentaron sus voces tomándolas de los diferentes pueblos con quien se relacionaron los zingaros en su ruta migratoria.

De todos modos, el «caló» hablado por los gitanos no es tal como tiene su representación en los vocabularios de establecer las oportunas divisiones.

rios que se han dado a luz.

Además, son muy contados los individuos que lo dominan; los más, alguna que otra palabra (sustantivos y verbos, varios adjetivos y algún participio), todas ellas muy alteradas y corrompidas con intromisión de voces de la «jerga germanesca», en la cual se ha ingerido el «caló»; de forma que éste resulta agermanado y la germanía está agitanada. Hay muchos gitanos, pues, que en contacto con las costumbres y el idioma del país paulatinamente han ido perdiendo sus costumbres a la vez que su lenguaje, hasta el extremo de que desconocen del todo el «caló» de sus antepasados.

**

La palabra «jerga» tiene su origen en la voz «jarg» que en el idioma escandinavo significa charla. La jerga, que también se denomina «jerigonza», es, según la Academia, un

Un bailarín ruso—rival de Ninjysky—que está haciendo las delicias de París en este momento histórico. Son ya los últimos modelos de belleza que nos quedan, por desgracia aminorados en el ambiente raro de bastidores y salones. Sin embargo, preferibles son a esos angelitos que danzan en nuestras bacanales o juergas sordas. ¿Los recordáis?... Parecen acordeones y la imagen de un dolor fuerte de vientre, con movimientos de cuerda de reloj loco. ¡Ele!

lenguaje de mal gusto, complicado y difícil de entender, usado por los gitanos, ladrones y rufianes.

También se le llama «germanía» (del latín «germanus», hermano) por la especie de hermandad en que están organizadas aquellas clases sociales.

El licenciado Chaves formula esta definición: «La «germanía» es el lenguaje que usan los valientes, ladrones, rufianes y demás ralea, compuesto de palabras acomodadas a la vida y entendimiento de los que las inventaron y las usan.»

Aunque si bien es cierto que los gitanos han mezclado voces de la «germanía» al «ca-

tendie-

ran. La «germanía» pura actualizada de fecha anterior (¿cuál?) al siglo XVI Sevilla fué el centro jergal; Monipodio es el «cherinol» (jefe) de la germanía sevillana, que tuvo su mayor apogeo en la época

lógico primitivo, repito que éste, de insignificante linaje, es muy diferente del germanesco: ambos dialectos se confunden en infinitud de voces, aun cuando se esfuercen los autores en sus voca-

bularios de establecer las oportunas divisiones.

La influencia de la «germanía», es mayor que la del «caló». Los cingaros o gitanos, al llegar a cada país, se pusieron en contacto con aquellas sociedades que mejor cuadraban con sus tendencias y su manera de ser, y de este contacto resultó el de sus lenguajes. Por la misma índole de su naturaleza y de sus costumbres son los gitanos más afines a la sociedad delincuente que la sociedad común, sin que esto quiera decir que se haya confundido jamás la raza gitana con los hampones; sólo existe entre ellos cierta vecindad y cierta semejanza de inclinaciones,

pero este pueblo errante, desparado por los cuatro vientos de la tierra, tan apegado a sus hábitos, conserva siempre el mayor apego a sus tradiciones.

La antigüedad de la «jerga» es indeterminada e imposible de fijar: de cierto no se puede asegurar la época de sus comienzos. Probablemente sería el establecerse estas sociedades de la hampa, que para sus fines la inventaron con objeto de hacerse entender en este pseudo lenguaje de corrupción de forma que los extraños a la hermandad no le en-



Un nene que no conocía los Musio-Halls, ni Lunas-Park; pero que al cabo de veintitrés siglos sigue siendo modelo de nene. Tenemos la seguridad de que agradará a los señores flamencos y visitantes de cuartos de moruchas de lentígnolas.



Cuadrito de Guillaume. Solazados morenos, con ese interior de un cuarto de Musio-Hall.



Lindísimo y sencillísimo y meritísimo traje de señora. Cara, traje, modales, aire, todo se armoniza y se contempla sin afectación, sin violencia, sin querer. Recuerda uno aquel verso de Goethe en el Fausto:—*Todo se mueve completando el todo y cada parte enlázase distinta.*

que esta ciudad fué el emporio del comercio con el Nuevo Mundo; empezó a vivir y a manifestar se por la excesiva tolerancia de las autoridades. La «jaca-randina», nombre con que también se conocían estas sociedades delincuentes, tuvieron antes cierta inmunidad, a favor de la cual pudieron extender más su esfera de acción.

El desorden en el antiguo régimen carcelario co-

de sus inventores, resulta de una extremada pobreza en su léxico, pues sólo tienen representación los sustantivos y verbos, algún adjetivo y muy escasos adverbios. Es más pobre en la actualidad que en los siglos XVI y XVII, y la constituyen palabras íntegramente conservadas de la antigua y genuina jerga española, sus derivaciones, varias otras que se han ingerido del «caló» y otras voces nuevas.

La jerga, según la frase de un discreto es-



La Diana de Efeso. Reproducimos la codiciada y áurea estatua de la antigüedad a causa de interesarnos en gran manera las modas actuales de nuestras señoras y ciudadanos. Puede ser que logremos dos cosas: primera, refrescar y no en balde la memoria artística de los bitongos y no bitongos; segunda, dar a los modistos un modelo de trajes ubérrimos y simbólicos.

adyuvó en gran manera a la formación y propagación de las jergas; el ambiente de las

cárceles, escuelas siempre de gente aviesa y maleante, les dió los necesarios medios de relación y ensanche, haciendo prosélitos. Por eso su decadencia viene con los adelantos de nuestras prisiones; el progreso social y la buena organización penitenciaria tienden a disolver las asociaciones germanescas y, por consecuencia, sus jergas. Contribuye también a esta decadencia del lenguaje en mucha parte la influencia del elemento gitano que ahora predomina, y buena prueba es el diccionario de «caló» que abunda en términos jergales.

Las asociaciones, con sus respectivas jergas, son de muy diferentes clases dentro de cada nación y constituyen otras sociedades dentro de ellas mismas, valiéndose de un extenso vocabulario (no tanto como el de otros países) para las cosas y los conceptos que se relacionaban con el lugar en que vivían, como los centros de prostitución, la cárcel, etc.; gráfico en la explicación y abundante en voces sinónimas, cuando éstas se refieren a las malas acciones, a los crímenes, el matonismo y la valentía, las pasiones carnales, los apetitos groseros, el vicio, el juego, el robo, el hurto, la estafa y el engaño.

La jeringonza de la hampa o germania, a pesar de que sus voces han ido aumentando considerablemente de día en día, al capricho

critor moderno, es propiamente un lenguaje de «disimulo», en el que abundan las trasposiciones, inversión, supresión y aumento de sílabas, cambios de vocales, metátesis, dislocación de palabras y mutación de disidencias.

A pesar de sus defectos, y pese a su depravado origen, la Academia de la Lengua ha tenido que dar cabida en su Diccionario a la jer-

ga, por encontrar representadas sus voces en las jácara de Quedo, en el *Guzmán de Alfarache*, de Mateo Alemán; en *El celoso extremeño*, *Rinconete y Cortadillo* y varias obras de Cervantes; en la *Relación de la cárcel de Sevilla*, de Cristóbal de Chaves, y en otros trabajos más de castizos escritores.

La actual «germania» ha venido con el transcurso del tiempo a degenerar en una especie de «caló carcelario», en que predominan las voces tomadas o derivadas de la lengua zingara que hablaron los primeros gitanos en España.

Respecto de su importancia será decir que el estudio de ella es indispensable para conocer el tipo de nuestra criminalidad. A este propósito escribe un buen autor contemporáneo: «La jerga es el mejor documento sociológico, el

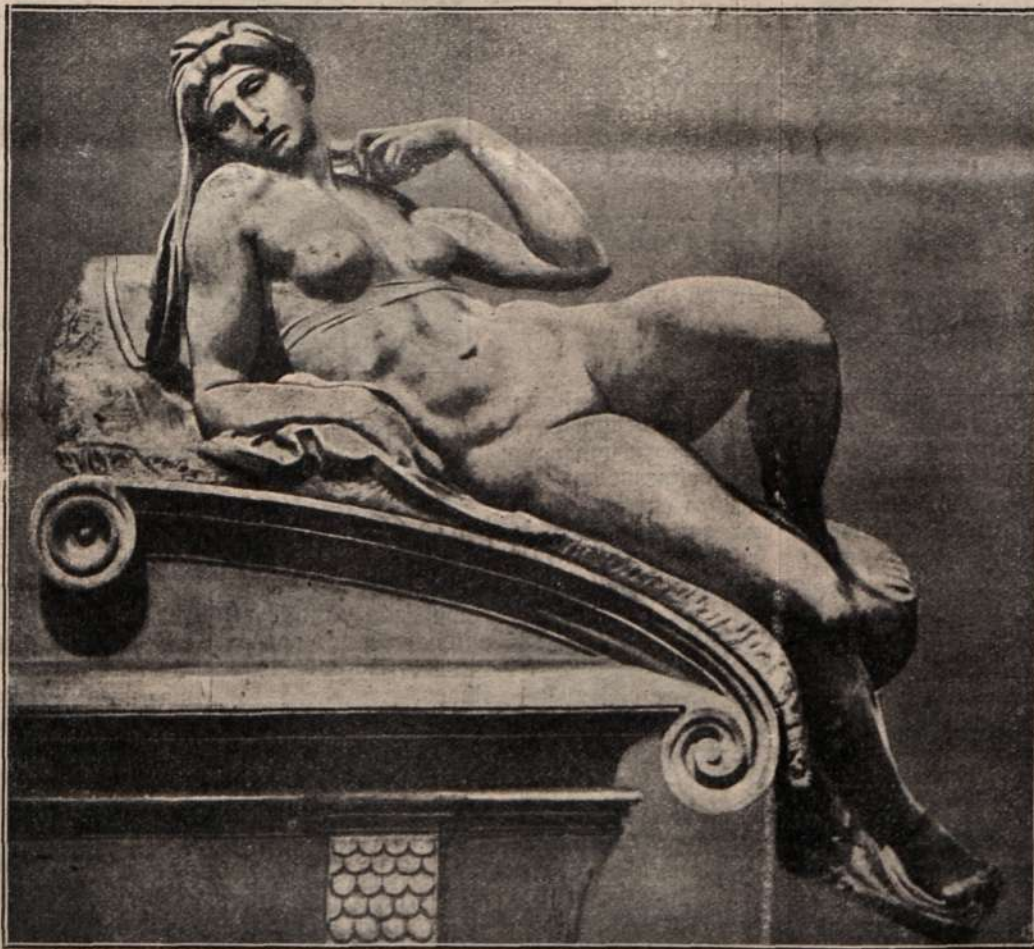
Escultura egipcia de una deliciosa sencillez. Después de cuarenta siglos empiezan nuestras mujeres a vestir de un modo parecido; mas esa forma tiene el espíritu riquísimo de entonces, el ensueño que engendró *El libro de los Muertos*, la energía que produjo la sala hipóstila de Karnak.

más sincero y auténtico para que la sociología criminal estudie las asociaciones delincuentes.»

No debo terminar estas líneas sin mencionar que el influjo del lenguaje gitano, sus modales, sus trajes, bailes y música, han traído un nuevo género, el «flamenco», atribuido a los aficionados a las costumbres de esta raza, género que tiene también su gracejo propio y se presta a prolijos estudios, si bien está ya degenerado por algunos modismos de pésimo gusto y frases llamadas «flamencas», de las que tanto se viene abusando por el pueblo bajo. Este género es una especie de lenguaje germanesco salpicado de palabras exóticas y de caprichosos giros, que tuvo su incremento en Andalucía en los principios del pasado siglo, y por eso se le confunde cuando se dice «género flamenco», por «género andaluz».

Félix Manzano.

(Ex director de prisiones.)



Miguel Angel, el maestro que Rodin se esfuerza en copiar y aventajar, ideó sobre las volutas de las tumbas de los Médicis esta imagen de mujer para la que no hay alabanza suficiente. Extasis y produce semejante maravilla. ¿Y pensar que aquel escultor no necesitó para idear obra semejante ser bitongo? Varios, que es cosa de arrojar el cincel y dedicarse a esculpir toros con el gómito y un pedazo de carne en los pitones...

Interesantísimo, el artículo anterior le hemos copiado de *El Figaro*, de Sevilla, para que los flamencos se ilustren acerca del *caló* que *chamullan*. Los no flamencos hallarán muchas doctrinas y unas ganas infinitas de que desaparezca la maldita peste del flamenquismo, del que las Plazas de Toros son como los focos de propagación

Los libros más hermosos que han escrito los hombres y en los que se condensa todo el espíritu humano.

El Mahabaratá. — Viasa.
El Ramayana. — Valmiki.
Los libros Herméticos.
Los Zendas. — Zorastro.
Los King.
El libro de los Muertos.
La Biblia.
La Iliada. — Homero.
Los trabajos y los días. — Hesíodo.
La Orestíada. — Esquilo de Eleusis.
Las Epinicias. — Píndaro.
Tragedias. — Sófocles.
Las nueve musas. — Herodoto de Halicarnaso.
Medea. — Eurípides de Salamina.
Historia de la guerra del Peloponésico. — Tucídides.
Las nubes. — Aristófanes.
Retirada de los Diez mil. — Jenofonte.
Vida de Sócrates.
Diálogos. — Platón.
Las Filípicas. — Demóstenes.
Aforismos. — Hipócrates de Cos.
Metafísica. — Aristóteles.
Teoremas de Geometría. — Euclides.
Oración Pro Archia. — Cicerón.
La guerra civil. — César.
De la Naturaleza de las cosas. — Lucrecio.
Guerra de Yugurta. — Salustio.
Eneida. — Virgilio.
Odas. — Horacio.
Los tristes. — Ovidio.
Las Décadas. — Tito Livio.
Fábulas. — Fedro.
Tratados filosóficos. — Lucio Anneo Séneca.
El Satiricón. — Petronio.
El asno de oro. — Apuleyo.
Historia natural. — Plinio el viejo.
Las antigüedades judaicas. — Flavio Josefo.
La Farsalia. — Lucano.
De Institutione oratoria. — Quintiliano.
De los caracteres. — Teofrasto.
Pensamientos. — Epicteto.
Sátiras. — Juvenal.
Las Vidas paralelas. — Plutarco.
Los Anales. — Tácito.
Pensamientos. — Marco Aurelio.
Diálogos de los muertos. — Luciano de Samosata.
Historia Universal. — Polibio.
El Apologetico. — Tertuliano.
El Hexamerón. — San Basilio el Grande.
Himnos. — San Ambrosio.
Confesiones. — San Agustín.
De la Consolación. — Boecio.
Las Etimologías. — San Isidoro de Sevilla.
Dafnis y Cloe. — Longus.
El Talmud.
El Alcorán. — Mahoma.
El Filósofo autodidáctico. — Tofail.
La Canción de Roldán.
El Poema de Micoid.
Las mil y una noches.
Los Nibelungos.
Suma Teológica. — Santo Tomás de Aquino.
La Imitación de Cristo. — Gerson.
El Conde Lucanor. — D. Juan Manuel.
Las siete Partidas. — Alfonso X el Sabio.
El Arte Magna. — Raimundo Lulio.
La Divina Comedia. — Dante.
Canciones y Sonetos. — Petrarca.
El Decamerón. — Boccaccio.
El libro del buen amor. — Arcipreste de Hita.
El rimado de palacio. — Pero López de Ayala.
Cuentos de Canterbury. — Chaucer.
Refranes. — Marqués de Santillana.
Poesías. — San Francisco de Asís.
El Amadís de Gaula.
La Arcadia. — Sannázaro.
El Príncipe. — Maquiavelo.
Orlando furioso. — Ariosto.
El Cortesano. — Castiglione.
Historia de Italia. — Guicciardini.
Odas. — Ronsard.
Gargantúa y Pantagruel. — Rabelais.
De los principios, sectas y loores de la Filosofía. — Luis Vives.
La Celestina. — Fernando de Rojas.
El Diálogo de la lengua. — Juan de Valdés.
Guía de Pecadores. — Fray Luis de Granada.
Los Lusíadas. — Camoens.
Los Nombres de Cristo. — Fray Luis de León.
Ensayos. — Montaigne.
Jerusalén libertada. — Tasso.
Coloquio. — Erasmo de Rotterdam.
La Utopía. — Tomás Moro.
El Guzmán de Alfarache. — Alemán.
Don Quijote. — Cervantes.
Historia de España. — Juan de Mariana.
Novum organum. — Bacon.
El Lazarillo de Tormes. — H. de Mendoza.
Derecho natural y de Gentes. — Victoria.
Hamlet. — Shakespeare.
Diálogos sobre el sistema del mundo. — Galileo.
Del Método. — Descartes.
La estrella de Sevilla. — Lope de Vega.
El burador de Sevilla. — Tirso de Molina.
El Gran Tacaño. — Quevedo.
Romancero general. — Agustín Durán.
Empresas políticas. — Saavedra Fajardo.
Principios. — Newton.
La vida es sueño. — Calderón.
El Criticón. — Baltasar Gracián.
El Cid. — Corneille.

El Paraíso perdido. — Milton.
El tejedor de Segovia. — Alarcón.
García del Castañar. — Rojas.
El desdén con el desdén. — Moreto.
Fábulas. — La Fontaine.
Tartufo. — Molière.
Las provinciales. — Pascal.
Cartas. — Sevigné.
Discurso sobre la Historia Universal. — Bossuet.

Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano. — Leibnitz.
Ensayo sobre el entendimiento humano. — Locke.
La España Sagrada. — P. Flórez.
Las Cruzadas. — Michaud.
Historia natural. — Buffon.
La pupilera. — Goldoni.
Historia de las revoluciones en Inglaterra. — Hume.

El Catálogo de las lenguas. — P. Hervás y Panduro.
Historia de la decadencia y de la caída del imperio romano. — Gibbon.
Fausto. — Goethe.
Informe sobre la ley agraria. — Jovellanos.
Mecánica celeste. — Laplace.
Los bandidos. — Schiller.
El sí de las niñas. — Moratín.
Derecho Penal. — Beccaria.
Código de Comercio. — Sáinz de Aranda.



La Victoria de Samotracia. El empuje admirable de esa estatua, que recuerda el verso de Sully Prudhomme, es la imagen de la Cultura erguida sobre la nave vencedora en la lucha con el misterio.

Economía Política. — Smith.
Máximas. — La Rochefoucauld.
Cuentos de Hadas. — Perrault.
Fedra. — Racine.
Los Caracteres. — La Bruyère.
Poesías. — Dryden.
El Telémaco. — Fenelon.
Robinson Crusoe. — Defoe.
Gil Blas. — Lesage.
Viajes de Gulliver. — Swift.
La Ciencia nueva. — Vico.
Memorias. — Saint-Simon.
Teatro crítico universal. — P. Feijóo.
Ensayo sobre el hombre. — Pope.
El juego del amor y del acaso. — Marivaux.
Espíritu de las leyes. — Montesquieu.
Siglo de Luis XIV. — Voltaire.
Ética. — Espinosa.

Contrato Social. — Rousseau.
El Lacoote. — Lessing.
Código de la naturaleza. — Diderot.
Discurso preliminar de la Enciclopedia. — D'Alembert.
Proclamos del Monitor. — Napoleón.
Pablo y Virginia. — Bernardino Saint Pierre.
Teoría de la utilidad. — Bentham.
Poesías. — Metastasio.
Ciencia de la Legislación. — Filangieri.
La Mesíada. — Klopstock.
El Vicario de Wakefield. — Goldsmith.
Crítica de la razón pura. — Kant.
Química. — Lavoisier.
Poesías. — Chénier.
El Cosmos. — Humboldt.
Organogenia. — Cuvier.
El matrimonio de Figaro. — Beaumarchais.

La evolución creadora. — Bergson.
El Santo. — Fogazzaro.
Historia de la Creación de los seres, según las leyes naturales. — Haeckel.
De la creación del Orden en la Humanidad. — Proudhon.
Las Piedras de Venecia. — Ruskin.
Geología. — Huggs.
Gramática de las lenguas indo-europeas. — Meyer-Lübke.
Antigüedades Romanas. — Mommsen.
El sol. — Secchi.
Islas líticas. — Joaquín Costa.
Estética. — Croce.
Tesis. — Tücherhien.
Ciencia y Método. — Le Bon.
Los canales de Marte. — Schiaparelli.
La Grande Ilusión. — Norman Angell.

Toros de antaño.

Sabida cosa es que los nuevos tiempos traen nuevas costumbres o, por lo menos, modifican de tal manera aquéllas que se hallan arraigadas fuertemente en los pueblos, que introducen en ellas verdadero aspecto de novedad.

Antiguísima es en España la afición a la lidia de reses bravas, y aparte de los que quieren hacer-

el papel que entonces jugaban los más hoscos y embarrados toros jaramenios.

En el siglo XVII, el hacer profesión de valeroso y esforzado, se miraba como condición heredada y necesaria en el que se preciaba de bien nacido, y los caballeros más principales y de la más elevada jerarquía, tenían a gala saber torear y hasta se jactaban de ello como uno de sus méritos personales (1).

Servía en Madrid de palenque para las famosas y repetidas fiestas de toros la plaza Mayor, hermoñada por Felipe III, que encargó la obra al arquitecto Juan Gómez de Mora, discípulo del célebre Juan de Herrera, quedando terminada en 1619.

Por entonces no se había edificado aún la gran plaza del Retiro, que se acabó en 1632, y debían haber desaparecido ya la que existió para correr toros hacia donde hoy se hallan las caballerías del palacio de Medinaceli, y otra que se levantaba próxima a la calle de Santa Isabel, inmediata a la del Tinte, que entonces se llamaba del *Toril*, a no dudar, por el hecho de estar allí aquella dependencia de la plaza.

Tres veces al año, o lo menos, habían de correrse toros en Madrid en aquel tiempo (e el actual les llevamos en eso ventaja) pues había tres fiestas votivas de ellos, que eran las de San Isidro, San Juan y Santa Ana. Como esto era sabido, podían con tiempo prepararse a ellas los que deseaban probar su destreza en lidiar a caballo, pues el hacerlo a pie se consideraba como cosa de ningún lucimiento y propio sólo de la plebe.

Para los caballeros el toreo era arte, y arte sujeto a reglas hasta peligrosas, en cuyo cumplimiento se arriesgaba no menos que la vida, que ponían aquellos caballeros en trance de perderla, por acreditar su bazarria ante las damas, y aun ante un público que los zahería y motejaba si no quedaban airoso, poco más o menos como lo hace hoy con lidiadores que bajan al redondel por un estipendio.

(1) En la comedia de Alarcón, *El examen de maridos*, dice el marqués, exponiendo sus circunstancias para merecer la preferencia de la dama:

En los toros, ¿quién ha sido A'esperar más reportado? Quién a herir más acertado? Y a embestir más atrevido? ¡A cuántos, ya que el rejón Rompió, y enpuñé la espada, Partí de una cuchillada Por la cruz el corazón!

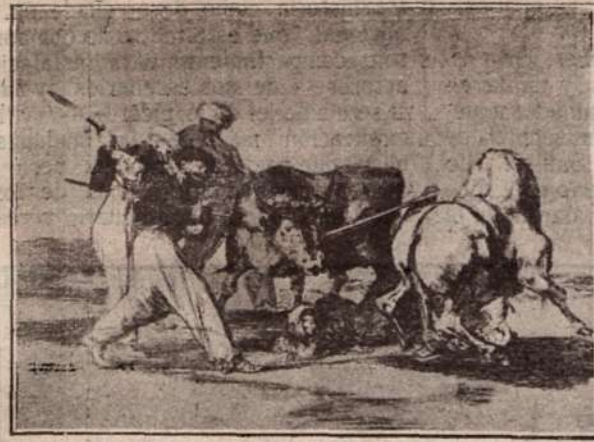


(Goya.) La aurora del toreo a pie. El so' no ha salido aún, ni salira

Quevedo (no el poeta), Bonifaz, Zárate, Oceta, Gallo, Ponce de León, Aguayo, Trejo, Paz, Ra-

ga y ciones y duelas del toreo, D. Gaspar Bonifaz las Reglas del toreo y D. Andrés Dávila y Heredia su Estilo de torear y jugar cañas.

Escribieron también Juan de Valencia las Advertencias para torear, D. Diego de Torres las Reglas de torear, que Moratín (don Nicolás), gran aficionado, decía que no parecían; D. Gregorio Tapia sus Ejercicios a la



Admira en Goya esa multiplicidad de facultades que le da el ver las cosas en su exacto valor. Ver un aguafuerte suya es ver la mar y los peces de colores.



El Adán, de Miguel Ángel (fragmento de su cuadro sublimado de la Capilla Sixtina). Comparad, si os da la gana, el ideal que inspiró este dibujo portentoso fuera de todo elogio y el arte pretendido de los toros. El arte, amigos, es una idea absoluta; no hay más que un solo concepto de arte, lo demás es arteificio, destreza, manipulaciones de artesanos, fanatismo y ficciones. Este Adán dice esto: A la Tauronaquia no se la puede llamar arte porque sería empujar una tan divina idea. Además, este Adán es un modelo del Hombre, y los nenes bitongos—claro está, son hombres—pero... ¡ay!, el pero no madura nunca, y ese pero es el que le falta al arte de los toros para ser arte. El toreo es en sí mismo una degeneración del duelo antiguo y de las peleas reales. El pueblo no ha sabido, esta vez, idealizar el motivo de la lucha y grande, en todo, hasta en lo malo, ha hecho esta vez birra.

míez, Dávila, Zapata, el portugués Barnabas de la insigne casa de Abeiro, y otros de quienes ha quedado memoria.

Escribiéronse numerosos tratados sobre el toreo, y entre los aficionados que acabo de mentar, D. Luis de Trejo, sobrino del cardenal del mismo apellido y capitán de corazas, publicó las *Obli-*



(Goya.) Un avelar aurino, visión de tragedia ruin.

ineta; D. Alonso Gallo sus *Advertencias para torear*, siendo otro Gallo (don Gregorio) quien inventó la *espillera*, por él llamada *gregoriana* y que era un aparato para defender las piernas, análogo al que hoy usan los picadores, y en fin, citaré, para terminar, un *Arte de torear*, anónimo, publicado en 1652, las

enramados. Apenas los Reyes se colocaban en su balcón, y esto era a las

(1) Refiriéndose a esta costumbre de disponer la Villa de los balcones a despecho de sus dueños, dice el poeta Benavente en su entremés del *Gorrión*, por boca del personaje D. Estupendo:

Gran pensión es esta De vivir en la Plaza un caballero, Pues paga todo el año su dinero, Y el día que ha de ver la fiesta en ella Le echan de casa y quedase sin vella. Un auto acordado de 1620 puso tasa a los balcones, señalándose doce ducados para los primeros, ocho para los segundos, seis para los terceros y cuatro para los cuartos. (2) El real de a ocho valía doce reales de vellón, y quince y dos maravedís, si era de plata vieja.]

Advertencias o preceptos del torear, de D. Pedro Jacinto de Cárdenas, y no hablaré de la *Cartilla de torear* de D. Nicolás Novelly, por ser ya del siglo XVIII, como publicada en 1726.

Esto dicho, pasemos a tratar ligeramente algo sobre el toreo de entonces.

Aparejábanse en primer lugar la plaza Mayor de la corte para estas fiestas, engalanando la Casa Panadería, donde se disponía el balcón real, y se preparaban otros para los Reales Consejos, el Ayuntamiento y las damas. Además se repartían todos los balcones de las casas particulares por cédulas, pues los inquilinos sólo disponían de ellos para el encierro y toros de la mañana, porque es de advertir que entonces se lidiaban cuatro o seis de ellos por la mañana y ocho por la tarde (1).

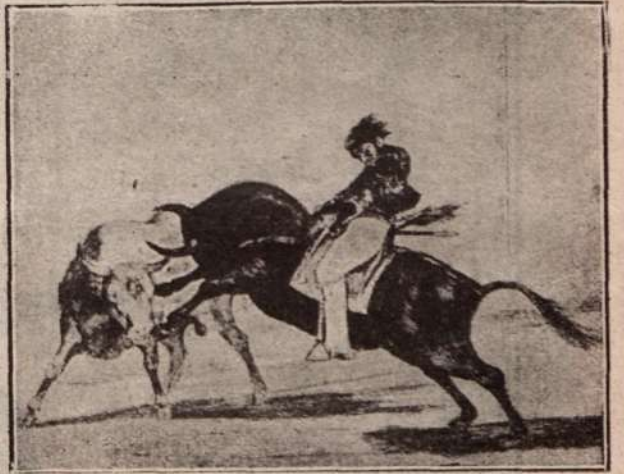
Al propio tiempo se ocupaban también los terrados, que eran alquilados por los dueños, así como los tablados, que construían en torno de la plaza los carpinteros, y solían llevar hasta tres reales de a ocho por cada asiento (2).

Llegado el día de la lidia, el Rey y su familia, cuando concurrían, tenían por costumbre comer en la Casa Pa-

nadería, para disfrutar más cómodamente de tan larga fiesta. Madrid se despoblaba por ir a la plaza, en donde podían acomodarse hasta 50.000 personas, y era función por la que había afición tan grande, que acudían a verla hasta los que no se cuidaban de otras.

La plaza Mayor servía entonces de mercado de comestibles y estaba ocupada en su mayor parte por tinglados y puestos que tenían que retirarse en estas ocasiones y en las menos alegres de los autos de fe y ejecuciones capitales que allí se verificaban; por tanto, tenían que cubrirla de arena con varios carros que salían enramados. Apenas los Reyes se colocaban en su balcón, y esto era a las

dos por la tarde, salían a hacer el despejo de la plaza dos escuadras de las Guardias Española y Tudesca, mandadas por sus capitanes o tenientes, que siempre eran grandes de España, como hasta muy recientemente el comandante general de los Alabarderos, cargo y milicia equivalentes a aquéllos. Hecho el despejo, se colocaban formados debajo del balcón real, y sin más resguardo que las puntas de sus alabardas, oponían éstas al toro cuando les arremetía. Verificado esto,



Un toreo heroico-ibérico-celta-morisca. Hoy no se hace porque. Hasta en la locura vamos a menos.

entraban en la plaza los caballeros que habían de lidiar.

En el siglo XVI y en el XVII, en los buenos tiempos del marqués de Velada, de quien se refería que en África esperó a un león a pie, armado de una garrocha, y del celebrísimo sevillano conde de Cantillana,

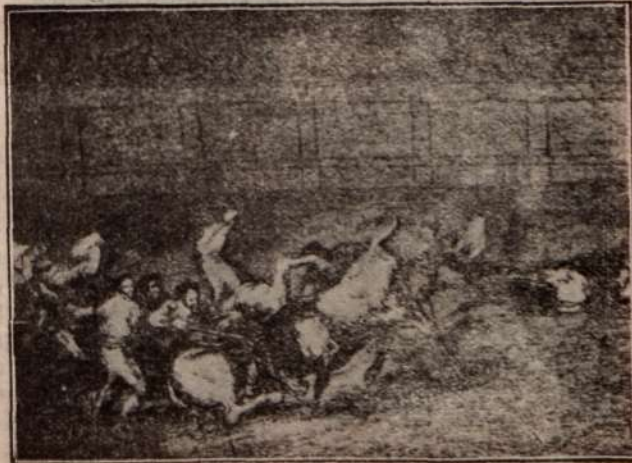
ni los caballeros tenían padrino, ni entraban en coche en la plaza, como se ha hecho en nuestros días al querer reproducir, en tiempo de fiestas reales, la lidia de los antiguos aficionados.

En el siglo siguiente, cuando la nobleza había ya perdido su inclinación a torear, bajo la influencia de nuevas costumbres y del poco gusto que por los toros demostraba Felipe V, siguieron lidiando personas de inferior alcurnia, y éstas fueron apadrinadas por los señores, entrando el

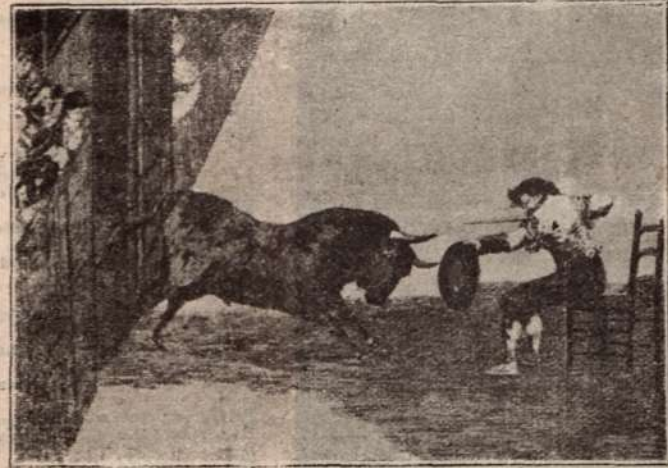
padrino a su ahijado en coche, paseando la plaza, después de lo que iba a tomar su caballo. Pero esto era ya la decadencia del toreo noble, llamémosle así, principiando entonces los toreros de oficio.

(Continuará.)

Julio Monreal.



El toro hace de las suyas, como siempre. Es triste que el héroe de esta fiestecita, el toro, pase a ser el último mono de la idea por un cambio muy torero.



(Goya.) La suerte de recibir se practica en el Faltón y Papín. ¡Se embrian los barcos de vapor...! Una tontería.

arrancar de tiempos anteriores a la invasión romana, están los que sostienen que ya era corriente en los tiempos del Cid Campeador, tomando, in duda, como documento histórico y genuino, aquellas célebres quintillas de D. Nicolás de Matín, según las que Rodrigo de Vivar se presentó a torear en la plaza de Madrid,

sobre un caballo alazano, cubierto de galas oro.

En el siglo XVII, en los reinados de Felipe III y Felipe IV, aun cuando ya la nobleza española no era tan batalladora, en general, como en los tiempos de los Reyes Católicos o en los legendarios de Carlos V, aun acostumbraba ejercitar su brazo en las guerras de Italia y Flandes, y aun los que no gustaban de correr aventuras y peligros en aquellos entonces lejanos países, tenían, no obstante, predilección por todos los ejercicios que demostraban valor y arrojo.

Hoy, si alguna vez los que se precian de descender de aquellos hidalgos y señores, han probado a dedicarse, como aquéllos lo hacían, a la lidia de toros, ha sido como por excepción y a manera de broma, haciendo becerros mamones



(Goya.) Guapezas. Las asaduras de los niños bitongos debían conservarse en frascos y adornar un Museo como el teratológico de Nápoles para espanto y educación de los venideros. Así aprenderían los simples mortales a ser varones compuestos.

De nuestro matonismo.

(Continuación)

No sólo arremetemos con armas contra el prójimo con el menor pretexto, ejercitando lo que a veces llamamos derechos y fueros, como en casos de escaramuzas, disputas y riñas; no sólo hacen lo mismo en sí las banderías políti-

nosotros somos, por lo menos, tan guapos y valientes como él.

La arrogancia matonesca es, pues, cosa sumamente general entre nosotros, y tan arraigada, que no deben ir muy descaminados aquellos que la tienen por condición secular de nuestro carácter, como le pasa a Salillas. «Lo que incuestionablemente es nacional, dice este autor—es el ejercicio y el alarde de la

tra historia como desarrollada en un teatro nacional, que este teatro se componga de un solo compartimiento para instalación de los actores, y de dos escenarios—y aun de tres, si se añade el de la picardía—, y hallaremos explicación, más que a las mudanzas del público, que muda de localidad, pero no de sus gustos fundamentales, a la de los actores, que cambiándose de escenario y vestimenta y



Fotografía de L'Illustration. — Así conquistan los franceses Marruecos. Es así como se vence lo imposible y se doma el áspero y noble león del desierto. Es así como se traen del interior las terribles banderas domadas y sumisas. Una locomotora puede más que un ejército y el silbido del vapor (estilo romántico progresivo) aturde a los mismos felinos. Grandiosa y sencilla escena esa que ahí veis. Somos incapaces nosotros de engendrarla porque nacimos para tomar los montes a cargas de bayonetas. De poco volumen nuestro cerebro, encomendamos siempre a los hígados el colonismo, y la bilis heroica no nos dió lugar a reflexión. Mirad esa escena y enmendados si es tiempo y si os da la gana.

cas o de otra clase, sino que hasta cuando decimos que vamos a adorar a Dios, la virgen y los santos nos portamos igual; los adoramos y hacemos procesiones, peregrinaciones y actos semejantes en su honor, con el revólver y navaja en la mano, dispuestos a darles empleo, si algún obstáculo se interpone en nuestro camino, y lanzando gritos provocadores o de victoria, que demuestren al adversario cómo

valentía. constituyendo un tipo aún snperviviente, ponderado con una calificación estética, la de *guapeza*, que equipara el valor y la hermosura, o más bien que ensalza la hermosura del valor, indicando así que esto corresponde a uno de nuestros cultos nacionales (1).

Este culto nacional del valor y la guapeza es tradicional en España. Nadie, creo yo, lo ha demostrado como el mismo Salillas, cuyas consideraciones a este respecto merecían que las tuviésemos presentes a todas horas. El pueblo que admiraba y celebraba en sus romances históricos la valentía de sus héroes guerreros, y singularmente del Cid, es el mismo que luego admira la de los caballeros andantes en la literatura caballerescas, y después la de los matones y bandoleros en los romances, novelas y dramas de bravos y bandidos. El espíritu es el mismo, pero degenerado. «El *Mío Cid* del pueblo se transformó en el siglo XVIII en el guapo Francisco Esteban, un contrabandista, y en el XIX en el Tempranillo, el bandido generoso y popular» (2). «Si se advierte que entre héroes de tan diferente laya como el Cid y Bernardo del Carpio, el guapo Francisco Esteban y José María, el bandido generoso, y en parte Cantarote, el rufián, hay una cierta participación de cualidades, que son precisamente las que el pueblo admira y las que se pueden extraer para demostrar su identidad de naturaleza, aislándolas de todo género de contaminaciones, puede admitirse, figurando nues-

modo de acción, pero no de carácter, representan siempre el tipo nacional del guapo,



H. ¡abí dos generales franceses en su avance a Tazza. Un modelo de avances preparado hace muchos años. Melilla sin Tazza, dijo Noeliyo er Melenas cuando lo metió en la cárcel por malo Nuestra Señera la Ley de Jurisdicciones—es una corrida sin caballos; el decir no interesa; vamos... no tñ el aquel de que sirva pa algo. Porque Tazza es una tacita o plata y Melilla er plato. ¿Estamos?

(1) *Hampba*, Madrid, 1898, p. 339.

(2) Salillas, *Un gran inspirador de Cervantes, El doctor Juan Huarte y el «Examen de ingenios»*. Madrid, 1905, p. 26.



(Dibujo de Cerezo Vallejo). ¡Oh santa mandíbula, tú eres tú y nada más que tú. ¿Quién osará ser tú? ¿Quién te discutirá el tú? Antes que tú nada era sino tú y después de ti nadie más que tú será. Amén y Dios sobre todo, que en esto de mandíbulas se corre más peligro que arrimándose como Dios manda.

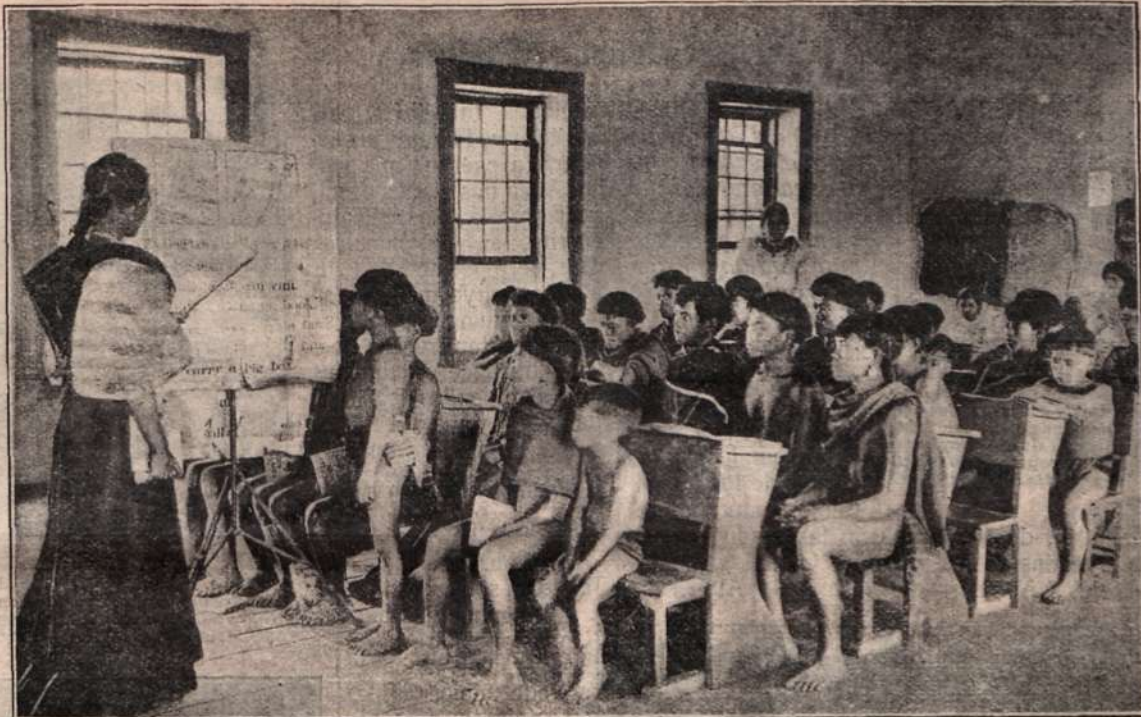


Wilson. Parece mentira que este hombre tan bueno haya cometido esa acción tan torpe de turbar la paz de América por unos pozos de petróleo. El Wilson de hoy no es el catedrático admirable de ayer.

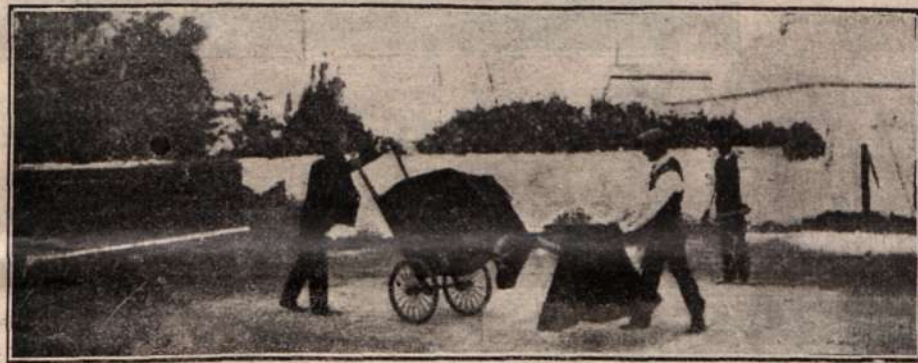
llámese el Cid, Francisco Esteban o José María el bandido generoso, ofreciendo escénicamente al público el culto nacional de la valentía» (1). «El tipo del valiente constituye una representación continuada en todas las épocas, en todos

los grados y en todas las manifestaciones. La guapeza nos ha entusiasmado, nos ha ensimismado, nos ha gobernado y nos ha desnaturalizado. De su predominio se pueden inferir todas las anomalías de nuestra constitución histórica y de nuestra actual constitución política» (2).

Por todo lo que acabamos de decir se ve que estamos saturados de valentía; que la valentía, la arrogancia, la guapeza, el matonismo, la brutalidad son cualidades hondamente arraigadas entre nosotros los españoles. Cuanto contribuya a mantenerlas, a fomentarlas, a darles pábulo y desahogo, parece digno de censura. No son pocas las cosas, las costumbres, las preocupaciones que se



Una escuela en Filipinas. Encantadora fotografía que dice cómo se salvan los pueblos. Hasta en los lugares más escondidos de aquel archipiélago, que tanta sangre y oro nos costó, han llevado los yankees la instrucción, y lo que vale aun más, la orden contundente de instruirse sin más explicaciones. ¡Qué hermosa es la dictadura del bien y qué orgullosas deben estar las naciones que tales dictadores producen!



Una escuela en España. Cambiad los grabados. ¡Que horror tan horroroso!... Esos niños aprendiendo a matar cuatros! Pero, señor, si esto de matar toros es una escuela de heroísmo ¿por qué los yankees que tan pronto se apropiaron todo lo que vale la pena, no lo han hecho así? Porque tienen la sangre helada? Por eso no debe ser, pues la paliza que nos dieron el 98 fué como para rascarse seis siglos. Decid como los peques cuando los negan... «Conmigo te meterás porque soy pequeño...» ¡Y tan pequeños que somos!...

hallan en este caso, y entre ellas ocupa por cier-

(1) Salillas, Hampa, p. 341.

(2) Idem, p. 363. El libro este es una mina reemplazable para el estudio de nuestro carácter nacional.



Estudiantes chinos paseando por las calles de París. He ahí el secreto de la revolución china; he ahí el secreto de la regeneración de los pueblos más sumidos en el sumidero de la noche de los tiempos. He ahí la escuela de la que el Oriente saldrá renovado a estilo del Japón. He ahí un modelo que imitar y que no imitaremos porque... ahí arriba tenéis el por qué. Eso y esto se dan de patás.

lemne, quizá, del culto español a la valentía, a la estética del valor y al impune derramamiento de sangre. Son la gran escuela y el gran teatro de la brutalidad airosa; el sitio donde se tributan al valor temerario, pero victorioso, las más estruendosas manifestaciones de admiración colectiva, sancionada con todos los requisitos apetecibles: lujo, alegría, brillantez, presencia y presidencia de las autoridades... No falta allí nada. Todo contribuye a la embriaguez enajenadora que nos produce el espectáculo del valor humano triunfante. ¿No se alegra, precisamente, en defensa de los toros, el doble argumento de que, gracias a ellos, se forma y conserva, como con la guerra, la virilidad (léase ahora brutalidad y valentía) y se da una prueba brillante de cómo el valor de los hombres sabe sobreponerse al de los brutos?

Yo no puedo desligar la valentía, que es muy nacional, como hemos visto, del espectáculo «nacional por antonomasia». Cuando los periódicos relatan y lamentan, cosa frecuentísima, los crímenes llamados brutales que a diario se cometen por doquiera en Es-

paña, y hablan del «matonismo imperante» y

de l
«ma-
tón».
y en-
lazan
«la
san-
gre y
el sol»
espa-
ñoles,
yo no
puedo
menos
depen-
sar en
los to-
ros. Yo
enlazo
los to-
ros con
el cri-
men.

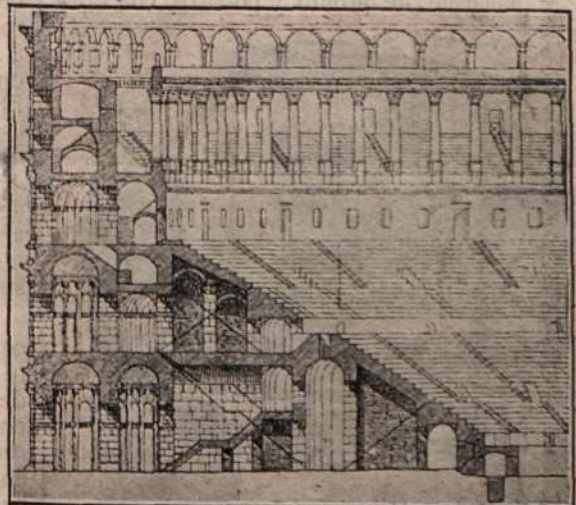


Dorado

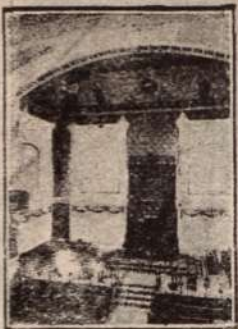
Montero.

(Con-
clui-
rá).

Un engendro de nuestra raza. Solo el verle retratado así, dan ganas de gritarles: ¡E! Su nombre no importa. El y otros como él han traído sobre Méjico los más atroces daños. ¿Por qué? Porque sí. Por esa razón tan nuestra, que consiste en contestar a los argumentos con el célebre: «¡Pues esto se ha de hacer por riñones!... ¡Malditos sean! Ellos son la causa de la ruina de la Raza!



Ofrecemos este corte del Circo Flavio a los arquitectos bitongos. Siquiera—es un ruego en nombre de la belleza—que hagan las Plazas de toros bien y se inspiren en el admirable modelo. Ni aún en las Plazas han acertado los aficionados. Más que edificios parecen sartenes con mangos o cacerolas gitanas. Ilustrados, amigos, y leed a Vitruvio.



La Academia de la lengua debe fiscalizar el lenguaje y echar a patas del Diccionario el caló flamenco, dueño hoy del habla popular. Si volete usas et etiam si non volete.

Miscelánea Taurina.

El Doctor Anás, un joven aficionado que escribe con eseseudónimo, nos envía estos datos que me parecen muy sandungueros y propios del semanario.

¡Por esto sí que no paso! ¡No faltaba más!... ¡Tan feliz como yo vivía, creyendo que los partidarios de los viejos tiempos adoraban de

maciones tan atrevidas tan descaradamente falsas, ¡Venir a caer en mis manos —en mis manos precisamente!—, un artículo escrito, sí, en nuestros días, pero por uno de esos abuelos (cuya memoria no he de calumniar) que se quedaban tan frescos después de desembuchar las más estupendas barbaridades!

No, no he de transigir; no he de callar, por más que con el dedo...

Y ni burlas de los infantes, ni sonrisas a lo Voltaire, ni maliciosas insinuaciones han de hacer volver en la senda emprendida. ¡Adelante con los faroles!, digo, como aquellos Tarazona que, yendo en procesión, se embotellaron en un callejón sin salida, y... Cávianos dirá si es cierto que exclamaban:

¡Tarazona no recula aunque lo mande la Bula!

Hartos estábamos ya de hazañas inverosímiles, de epopeyas que las mamás inventaban para hacer dormir a los chicos... Ya las genti-

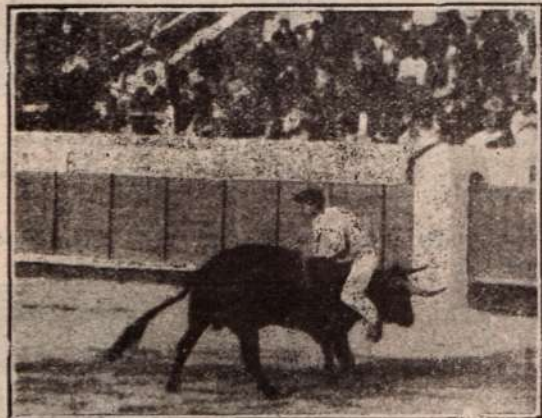
lezas que abundan en nuestras *Crónicas*, y en la *Resumpta* del Licenciado Cepeda: ya el pequeño y desmembrado Carlos V. que, alemán y todo,



Los niños de las escuelas japonesas asisten por orden oficial a las prácticas de cañones. Mal, muy mal; pero al fin es un rasgo de alta política cuando menos. Aquí se dan casos como el que revelamos en el grabado de esta misma plana un niño viajando en un tope con peligro de muerte, de esa muerte de la que él como su Patria ha de extraer la sustancia de su vida.



Ese grupo enorme de gente está pidiendo que por caridad les den libros con qué instruirse, pues en eso de la instrucción no han charolado todavía y están en estado de feto. Porque es lo que yo digo... no sabemos nada; pero nuestra ignorancia es enciclopédica. Thócala, Noe!



Una suerte que revela agilidad, destreza y valor y que echa por tierra toda idea de arte taurino y valor torero. relegándola a lo que el torero es, una ilusión que cuesta al pueblo anualmente 253 millones de ventas.

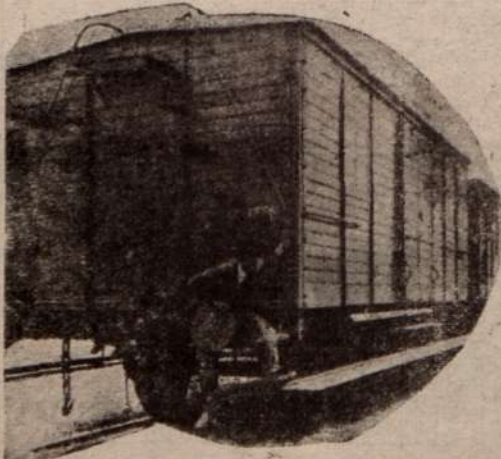
Muzas y Gazules de los siglos aquellos en que las cortes de Toledo, Sevilla y Córdoba eran más cultas de Europa! ¡Las tradiciones y



Una cuadrilla de ladrones en el ruedo. Ahí la véis, fotografiada. Pensad un poco y comprendereis que busco los datos en la realidad y que ella revela, no mi capricho, lo miserablemente que nos conducimos en la vida social al dar a Europa espectáculos tan vergonzosos como ese.

leyendas de los Christianos, Mondéjar, Villamadiana, Olasso y Medina-Sidonia!

Y ¡hallarme, de pronto y porrazo, con afir-



La educación de los niños en España; un dato que ofrezco a la Pedagogía patria. Los maestros, el Museo Pedagógico y la Escuela de Estudios Superiores debían intervenir en esta campaña. Ese niño que viaja de ese modo y gasta así una colosal energía inicial, mata en germen, tal vez, el genio de un Edison. Pero... ¡matamos nosotros tantas cosas!...

Bonifaz, Zárate, Felada, Sástago y Cantilana, que celebra Quevedo: ya fábulas atribuidas a los Palomos y Romanos, a Patra el de Talavera, a Melchor, al extremeño Godoy, al Fraile de Pinto y al Fraile del Rastro...

¡Oh, manes de Mambrú y de Mari-Castaña!

Vean ahora vuestras mercedes cómo prueba el abuelo antes aludido que el espectáculo nacional camina hacia su ocaso:

«Todo lo corrobora — dice —, el dato más insignificante lo atestigüa. La seriedad de aquellos tiempos que tanto enaltecieron al arte de lidiar reses bravas lo daban los hombres que lo ejercitaban hasta en sus apodos. La decadencia de los de hoy pregona la serie de diminutivos que llevan los carteles.»

Como ejemplo de los pri-

meros nombra a *Costillares*, *Sentimientos*, *Curro-Guillén*, *Salamanquino*, *Bocanegra*, *Lagartijo* y *Fráscuelo*; en el otro grupo mete a *Bombita*, *Machaquito*, *Gallito*, *Relampaguito*, etc., etc.

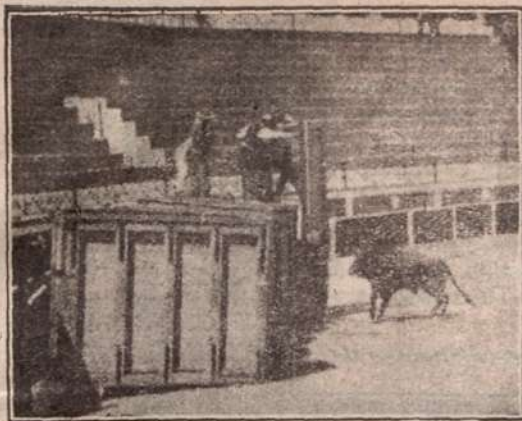


¿Por qué ese Zeppelin? Por no. Torres Quevedo anda a estas horas (datos de un periódico alemán) ofreciendo a los alemanes su modelo de dirigibles más veloz que los del Góndola Zeppelin, modelo que nosotros no hemos querido comprar a pesar de tanto elogio; y los periódicos de allí dicen que es triste que nuestros inventores anden tan perrramente, mientras los toreros están dentro del cuerno de la abundancia.

¡Oído al parche! Ahora soy yo el que va a barajar y clasificar nombres y sobrenombres. ¿Que la seriedad de aquellos tiempos lo daban hasta los apodos? Pero, ¿lo dice usted



Unas señoras inglesas jugando al balompié. Nosotros no lo toleraríamos, alegando la moral y el concepto árabe de la mujer que heredamos. En cambio van a los toros a miles y ven allí morir caballos, toros, hombres, la Patria, chorreando sangre, poca vergüenza, oro, sol y los últimos destellos del alma nacional que se extingue en las sombras de su propia miseria.



Desencajonando. El toro sale de su jaula con un humor de mil diablos y visita por vez primera el ruedo donde ciertos profesionales del valor le han de matar con los más refinados inventos ante un pueblo harto de patatas, patizas, pasodobles, Barrancos del Lobo y que tiene Gibraltar en poder de los ingleses como las rias de Villagarcía, como bien pronto las Baleares y, no tardando, las Canarias.

con... seriedad?

Sí, tiene razón; ahí van unos cuantos para que aumente la colección:

Tragabuches, Clavellino, Colilla, Canuto, Bolero, Pereta, Col-droncillo, Calzones, Pocho, Migas, Moños Pimienta, Potaje, Polique, Nene, Potrillu, Gabinete, Arandrán, Poquito-pan, Ojogordo...

O lo que es lo mismo: toreros canutos, colillas de toreros, que danzaban el bolero, que vivían de migas, de potaje y de poquito pan. Vamos, toreros de peseta, que admitían propinas y que no les faltaba moños.

Pues hay otros que nos hacen dudar, nos hacen pensar si habría toreros hermafroditas. Porque, algo quieren decir Antonio, Juaneca, la



En el toro, ya se le mire como deporte (que es mucho ver), ya como vicio nacional de mostrar valor, la lucha es una espantosa desigualdad que los seis mil pesetas salvan con lo que se llama movimientos elegantes. El cuerno del toro es burlado con el engaño, mientras el herero de los lentejuelas puede. Que si no, el toro hace pupa y deja al gladiador de taleguilla hecho un estropajo heroico en la más lastimosa y cómica manera. El toro es la más hueca y fantástica de las gimnasias y escuela de todas las apariencias porque entraña como esencia un engaño, una burla, un peligro evadido con elegancia o sin ella.



Los moros en la corrida, aburridos, asquerosos. Así colonizaremos África. ¡Y todavía hay—ejemplo las plazas de toros de Tánger y Melilla—quienes elogian como un revulsivo de la raza y un acuse de vigor estas fiestas de la feminidad y la tontería. Los moros aman al caballo y en la batalla de Arkemman nos demostraron por qué; lo aman y ven en el toro la razón por la que ellos ganaron la batalla del Barranco del Lobo. Rascaños, hermanitos.

Vieja, Loreto, Nieves...

Para un Sentimientos y un Cirineo, había, en cambio, un Mameluco, un Maligno, un Rigores, un Confuso, un Zaragata, un Cuco, un Taravilla, un Loquillo, un Terrible, un Sansón, un Berrinches, un Mellao, un Manchao, un Bomba y un Tremendo.

Eran corrientes los nombres de insectos, roedores, aves, peces, etc., como se desprende de esta serie de

alimañas: Mosca, Mosquita, Pulga, Pajarito, Pájaro-verde, Gorrión Loro, Grajo, Pollo, Gallo, Capón, Rata, Ratón, Hurón, Mona, Leoncillo, Mamón, Liebre, Vaquita, Lobito, Merluza y Lagartija.

¿Qué más desean sus señorías? ¿Diminutivos?

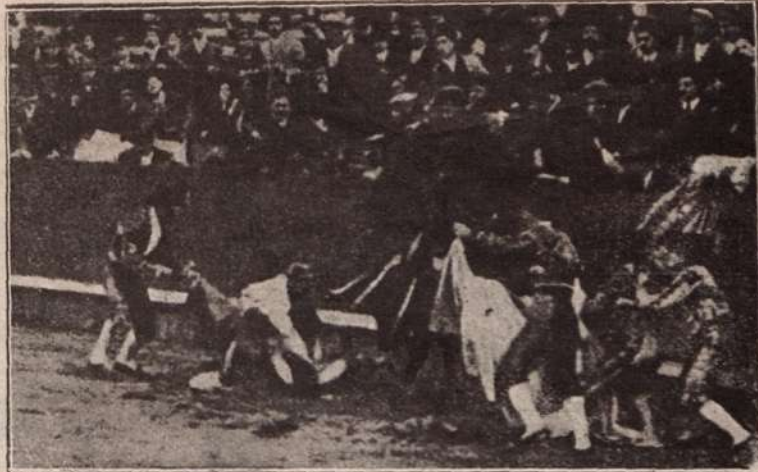
Aparte de muchos que ya van citados, recuerdo los moteos hechiceros de Manitas, Carita y Ojitos, amén de Castañitas, Manquito, Martincho, Lorencillo, Pepeillo, Morenillo, Pepete, Perucho, Dieguito, Galleguito, Gordito, Currito, Corito, Villarillo, Luisillo, Paquitillo, Lagartijill, Torrecilla, Primito, Torerito, Miguelito, Mateito, Joseito, Juanerito, Negrito, Blanquito, Dresin, Regaterin, Manolin, Pepin, Bolita, Capita y Guerrita.

¡Ah! ¿Que en nuestros días hay Niños y Chicos? ¡Claro que sí! ¿Qué sería del mundo sin ellos? Pero, bromas aparte, ustedes me dirán, cuando lo sepan, en qué épocas lucieron sus respec-

tivos garbos Nuevo Tate, Cúchares de Lombardini, López, Pazos, Malla, Flores y

Tampoco escaseaban remoquetes deliciosos, tales como Talle-alto, Nene, Majo, Costuras, Muselina, Clavel, Paco de oro, Carreta, Barragán y Dientes; ni otros extremadamente simpáticos, como Tabardillo, Veneno, Cangrena, Vinagre, Pilatos, Fierabras y el Diablo.

¿Qué murmuran por ahí? ¿Que hoy tenemos Patateros, Barqueros, Camiseros, Cocheros y Carboneros? Eso no constituye novedad aquí donde florecieron Garbancero, Baulero, Pollero, Papelero, Cerrajero, Esterero, Cucharero, Barbero, Panadero, Platero, Sombrero, Coracero, Huevatero, Pescadero, Marínero, Buñolero y Tortero. Ni vale de-



La fotografía—que tampoco fué invento de español—ha perpetuado esta escena digna del bronce aquel en que los romanos dejaron a la posteridad sus leyes. Nada más regocijante que esos angelitos llenos de pavor y agarrados como Dios manda ante un mártir que ha derribado al pelele vestido de lentejuelas como una coupletista.



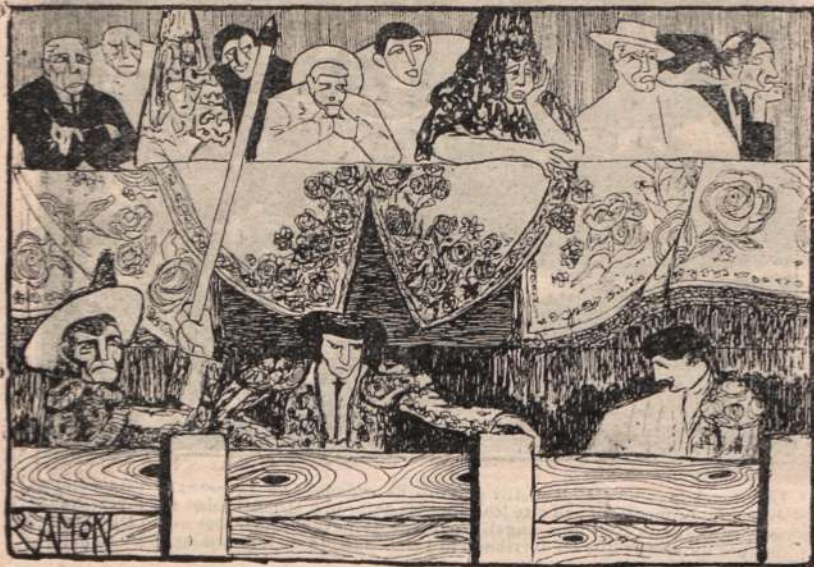
En el boxeo—eterno término de comparación de los flamencos: ¡Oh el más eres tú español!—el hombre lucha en igualdad de circunstancias; destreza, vigor, peso y edad. Además, lucha desnudo y ante árbitros justos. Excepcional como fiesta es admirable como deporte. El enseña a defendernos con los medios que nos dió la naturaleza. El demuestra que nuestro cuerpo es por sí solo un tesoro de energía y recursos cuando para desarrollarla estudiamos su constitución.

cir que de hoy son Chispa, Jarana, Guitarrero, Cantares y Canario; pues enfrente a estos ponemos al Serio, Formalito, Habla poco, Serenito y Perlita. Y como si fuerapoco tenemos un Infante si, señores, ¡hasta un Infante!—y un Murillo que se pinta solo y un Calderón, que no se anda con romances.

Ahora yo pregunto: —Diga usted, abuelo desmemoriado, ¿son diminutivos Maz-zantini, Reverte, Boto, Ecijano, Fabrillo, Fuentes, Gavira, Lesaca, Litri, Parrao, Padilla, Algabeño, Jerezano, Velasco, Montes, Murcia, Valenciano, Minuto, Saleri, Pastor, Bienvenida, Rerre, Segura, Vázquez, Gaona,



Pocas veces habréis visto imagen más exacta y villana de la cobardía. Los gremios dan costosas becerradas y los puestos de cuadrillas son ansiados como un honor inmenso y prodigados como ahí vais. A un hombre de Estado le causaría espanto esa escena verdaderamente infame y monstruosa.



(Dibujo de Ramón). Si la barrera es simbólica y nos habla del mucho miedo que tenemos, qué no dirá la contrabarrera, esa localidad de los privilegiados, de los aficionados cañis, de los amantes de sensaciones fuertes y estrujones y tectos espiritistas de codos y contactos materialistas de etc.? Además, la contrabarrera, es cierta especie de Guñol trágico. Se ve más cerca el hule y se huele sangre. ¡Oh, el ver de cerca y sin peligro el daño ajeno!... ¡Qué emoción tan digna!

He aquí una colección de cosas taurinas que dejó a su muerte cierto aficionado, citada en un artículo de La Ilustración por Ossorio y Bernard.

Una muestra de tierra de la nueva plaza de Madrid.

Una teja de la Plaza antigua.

Un calcetín de El Chiclanero.

Un pedazo de cal-



La suerte injustamente preterida de Don Tancredo, que se llamó a sí mismo el Rey del valor y usaba botones con su efígie. Este buen hombre vino a demostrar que eso del corazón y la sangre y el sol y la muerte era puro bulé o flifa. El valor torero no es valor, es un género de destreza que consiste en diquelear a la gente del tendido y darle lo suyo. Y lo suyo es...

Una moña desechada por Calderón.

Las colecciones lujosamente encuadernadas de La Lidia, El Tío Jindama y El Enano.



Una señora que ha sido nombrada por su saber capitán de barco mercante. Nos place ofrecer el retrato de una mujer que sin necesidades sufragistas sabe hacerse valer. De estas marichas admirables necesitamos nosotros un millón por lo menos.

zón de Montes.

Un asta de morucho corrido durante once años en las novilladas de Madrid.

La faja de un mono sabio, que fué arrojado al aire y recogido

do siete veces en el cuerno.

aun pan, pero faltarnos afición a las sangrientas luchas del circo... ¡un cuerno!

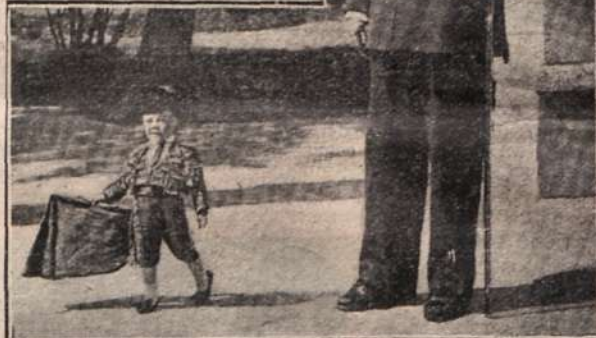
Leed esto; tiene una

gracia trágica y causaría risa si no diera asco.

El parte facultativo dice así: «La herida está situada en el hipocóndrio derecho y su trayecto es oblicuo

hacia arriba y adentro. Penetró a la cavidad abdominal por uno de los últimos espacios intercostales, haciendo una gran desgarradura en la pared costodiafrágica y en el peritoneo; contundió considerablemente el epiplón y rozó la cara inferior del hígado. Para hacer la sutura del peritoneo y la resección del epiplón, hubo que quitar un gran fragmento de costilla. La herida es sumamente grave.—DR. HERRERA.»

En Cuba, unos descendientes de españoles han elevado al Parlamento una petición concebida en los términos que vais a leer, y fundamentalmente en la eterna comparación de los boxeadores y los toreros.



En el Circo de Parish se exhiben esos dos hombres, próximamente de la misma edad. El pequeño ha elegido ese traje para su exhibición e imita con propiedad los actos heroico-patológicos de nuestros toreros. Jamás símbolo alguno de lo que somos ante Europa tuvo una tan sincera, espontánea y horriblemente exacta representación. Es para llorar, hermanitos en cuernos... si nos quedaran lágrimas.



Una fotografía copiada de cierta revista de gran circulación. Parece mentira que esto se dé como curiosidad. Efígies de esa naturaleza deben venir como gráficos de enfermedades sociales para enseñar a los niños a los países que las adquirieran. Enseñar así a los niños es matar la infancia, el padre del hombre, que decía Dickens; es contaminar con micrococos espantosos las generaciones futuras. Bueno, basta de charla. Si tenéis ojos, ved y decid con serenidad si eso nos honra.



Otra del antiguo Jardinillo. Los estatutos de la Escuela sevillana de tauromaquia dados por Fernando VII. Algo, aunque poco, de la literatura profesional. Abanicos redondos, naranjas-proyectiles, lentes con su estuche y correa. La medalla conmemorativa de la reconciliación de Lagartijo y Frascuelo.

Y unas cuantas cabezas auténticas de toros de dudosa celebridad, disecadas por Severini.

Acaso para reunir estas colecciones se hayan hecho sacrificios, porque sería inútil ocultarlo: podrán faltarnos riquezas, virtudes cívicas, ilustración y

Una capea a ciencia y paciencia de la ley famosa. La reproducimos a gran tamaño para que apreciéis detalles. Si las costumbres están infeccionadas por largos años de hábito; si ha pasado ese vicio a la sangre; si ya no divierte a los pueblos otra cosa que ese último grito de barbarie medieval, ¿no es hora ya de que el cirujano de hierro meta el bisturí y corte y haga pupa? Si es hora, ¡sí! Ese bisturí hará daño y curará. Pero dejáos curar antes que para envenaros haya que mataros a palos. ¡Oíd y oíd y oíd...



Antes, los cuernos de los toros servían de trofeo victorioso, de lábaro. Ellos dieron forma a la lira, a la tiorba, a la tiorninge... ¡Arrea, qué nombrecitos!...

Conviene archivarla. Es un dato para la historia de nuestra locura. ¡Qué cara pondrían esos cubanitos si pudieran darse cuenta de que perdimos Cuba precisamente por ese vicio monstruoso!...

Leed un extracto:

«Y si esto, señor digno de tomarse en cuenta, viniendo a favorecer mi ruer-

manifiesta en los torneos de boxeo el sentimiento de piedad? ¿No se ofende los instintos de generosa nobleza contemplando una lucha cruel de igual potencia entre dos seres dotados de idéntica inteligencia? ¿No destruye con mayor intensidad el boxeo que las corridas de toros el instinto de amor y bondad, que debiera ser innato ante la contemplación del ser semejante que sufre, que vierte sangre y que pierde órganos que determinan su deformidad física? ¿No deprime el espíritu en su grado máximo la lucha del boxeo, donde sin negar se ajusta a reglas de arte, éstas deter-

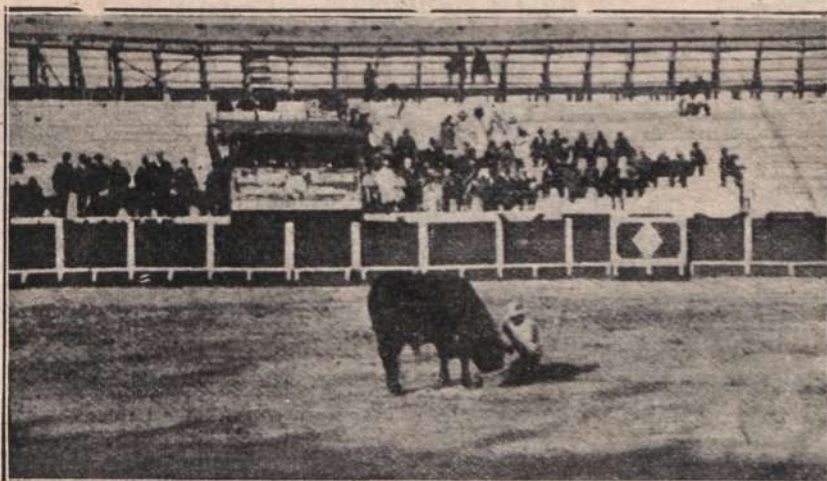
minan, de manera brutal, la anulación de fuerzas en uno o en ambos contendientes? ¿No es trágica, brutalmente trágica, esa lucha, ese espectáculo que tanto rebaja al hombre ante el hombre mismo? Y sin embargo, señor presidente, ese espectáculo se tolera, lo ampara la ley, y a presenciario acuden miles y miles de personas, que haciéndoles solamente justicia, reconocemos germinan en sus pechos los más puros y sublimes instintos de

bondad y compasión; instintos y sentimientos que deberían rebelarse a la vista de semejan-

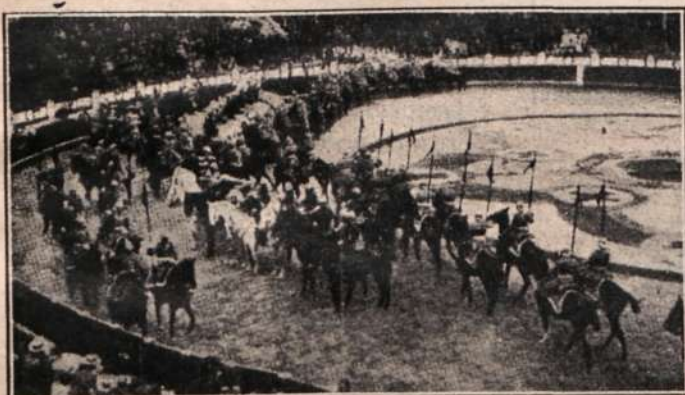
el adorno, gentileza y arte de los lidiadores.»

Una idea de El Socialista.

Si no hubiera un español con algo de sen-



Un toro bravísimo, duro en la pelea, después de banderillas, comiendo del modo que veis. Su vaquero podría decirnos cuánto no es la nobleza de estos animales si la comparáis con la crueldad vana de los nenes que van a los tendidos a... ver como rabian las almas nobles.



Con toda energía protestamos de que se saque a la tropa de caballería a los ruedos donde tan criminalmente se sacrifica a los caballos. Parece mentira que algún militar no alicie su voz y proteste de estos carrouseles. Al ruedo solo deben acudir los que se juegan la vida manteniendo un heroísmo cómico.

go, ¿dejaría de serlo el espectáculo del boxeo, autorizado por la ley, y en el que dos seres racionales, semejantes entre sí, dotados de un alma y de una sensibilidad idéntica a la nuestra, en un todo conscientes antes de la lucha pero inconscientes y degenerados a fieras en el transcurso de ellas, se acometen con ferocidad hasta despedazarse, ante una multitud que, frenética de entusiasmo, vocifera? ¿No es éste infinitamente espectáculo más inhumano que el de las corridas de toros? ¿Se

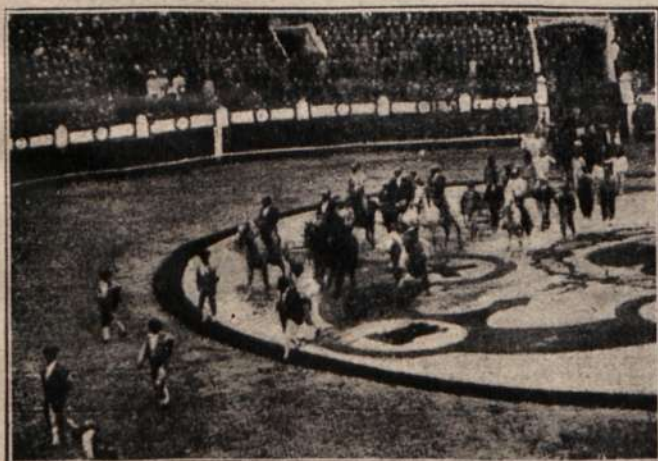


Juegos en la Plaza de Toros. Es de la única manera que los flamencos permiten se les pierda el respeto. Con estas mogigangas el pueblo utpote parvus, que decía Horacio, distrae sus deseos de sangre... de caballo viejo.

te espectáculo y que parecen adormecidos durante el período álgido de la lucha, aunque al

tido común que desengañara al extranjero, éste se marcharía bajo la influencia de un falso concepto del espíritu aquel que había observado. Ese español con sentido común le hubiera dicho: «Amigo mío, todos esos que ve usted tan intensamente conmovidos por la herida que ha sufrido un torero se hubieran quedado como si tal cosa, sonrientes, si el herido hubiese sido un inominado de la profesión, un reserva o un tanderillero sinsimpatías.

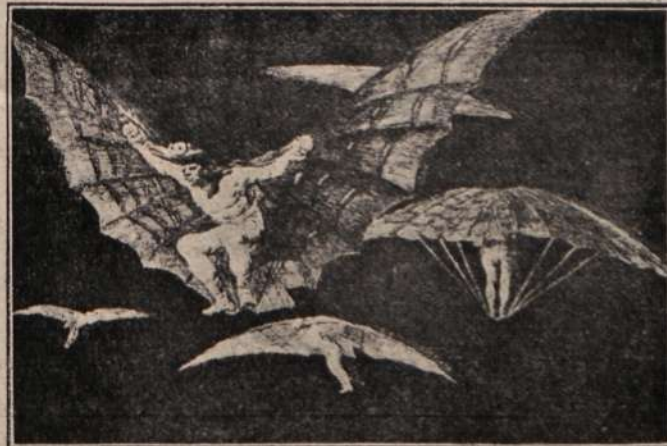
(Te El Socialista.)



¡Bravo, Patria! ¡Bravísimo, Castilla!... Han dibujado—¡con serrín de colores!—el escudo de la Raza y sobre él las cuadrillas marchan hollándolo. Luego, se manchará con sangre; y la sangre, el serrín y la arena, mezclados, compondrán, con la altísima idea del emblema, una mierda.

finalizar aquella se despierte en un resurgir de amargo reproche.

Si parangonamos uno y otro espectáculo, advertimos que las emociones del boxeo son siempre de espanto y que la imaginación sólo retiene horrores; mientras que en la fiesta taurina lo repulsivo, lo que mueve a compasión y lo trágico en muy contadas ocasiones, crecidamente se compensa con la alegría del espectáculo, con



Goya soñó de esta manera la aviación española. Vale su peso en radio este fotograbado si no le miráis de reojo. El genio más puro que hemos creado, Goya, soñó para su país estos aviones, o velocípedos o aeroplanos con alas de murciélago. ¡Oh, formidables escuadrillas francesas de aviadores..., cuánta envidia os debemos tener!



Un dibujo de Regidor publicado en una Revista de toros. El toro, como España, luchando contra lo imposible y venciendo... en apariencia.

Tomaos la molestia de leer esta noticia:

Los padres jesuitas de cierto lugar—lugar que tiene unos 60.000 habitantes—celebran todos los años una corrida de dos novillos-toros en el patio de la residencia, previamente



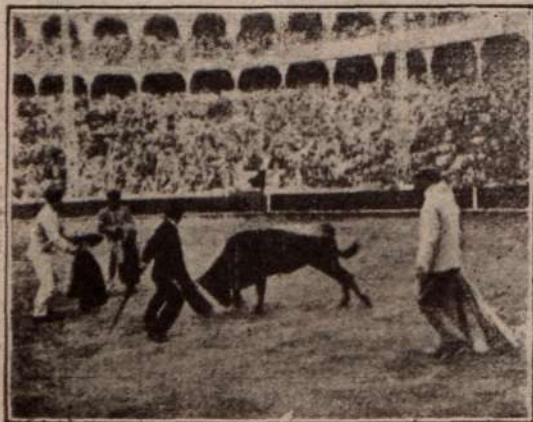
Fabre, el gran entomólogo, Europa adora a este viejo sabio y la lectura de sus libros sobre la vida de los insectos es un tesoro para el alma. Comparad esa cara con la de al lado que tan caras nos cuestan ante Europa.

te apisonado y arreglado como sucede en los cuarteles cuando dan becerradas los soldados, cosa que (entre paréntesis) nos parece muy mal.

La entrada es por invitación y torea los colegiales y algunos padres, y a la hora de la verdad ¡ay! el espada de tanta *hace* que *haría* si se *de* mil brillaran en el morrillo del morucho. El público que asista a dicho espectáculo

(compuesto, la mayor parte, de curas, jesuitas, familias de colegiales) otorga a cada uno de los lidiadores de *mentirijillas* lo que merece: *silbidos*, aplausos, *choteo*, o delirio, y a veces hay oreja y regalo con senda miradas asesinas.

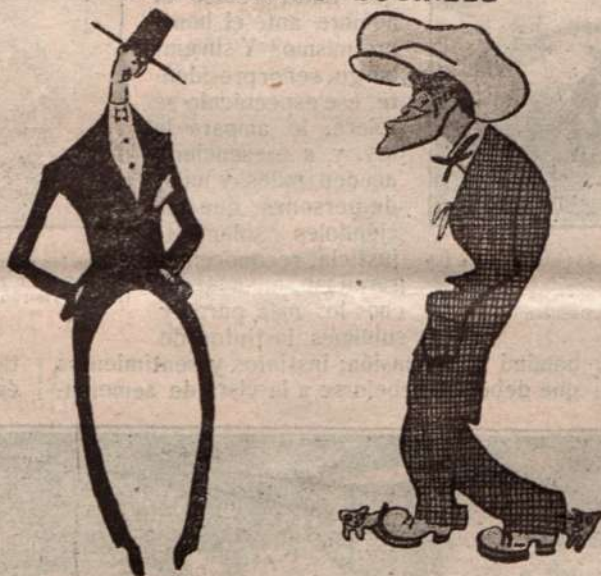
La corrida se celebrará, para mayor edificación, el día de difuntos, con objeto sin duda de *alegrarse* la vida el susodicho día, y una



La afición. Lo que inmuta de esa fotografía no es la simulación de el toreo por unos pobres jóvenes tocados en el corazón por dos cuernos gloriosos vistos en sueños, es el *gentío* inmenso que lo presencia.

vos estómagos de los lidiadores y personas adyacentes, a robustecer la carne y sangre hispana de los futuros héroes del pensamiento y gobernantes de la patria de Cúchares.

DOCUMENTOS SOCIALES



El Socialista, el valiente diario cuya conciencia es de oro puro, publicó esta caricatura que hacemos nuestra por que tiene *ángel* y un *aquel* como para pegarse un tiro en salva sea la parte.

Los justificantes de esta noticia están en nuestro poder, y los serviremos a quienes nos los pidan.

En una corrida patriótica, el cronista tauro-rino, después de su artículo informativo, remata así la suerte en tablas:

vez terminando el inocente regocijo paterno pedagógico-clerical y heroico guardan los toreros para que sirvan de diversión a los colegiales y les recuerden las gestas de Indibil e Híctolacio o la de los tauro-bolios que hay *esculpidos* en los escudos de los celtas. Al cabo y rabo de dos largos meses, aquellos pobres animales pasan a los respectivos



Una becerrada. Pasando las negras con un morucho que dándose cuenta de la orfandad en que dejaría al *nene* que lo *chamulla*, anda *ladeando* por compasión sin dar la cara no sea que la vergüenza lo ponga como le ponen a él el morrillo.

Lo vendido en el despacho de billetes para la corrida del viernes ascendió a la cantidad de 90.009 pesetas 75 céntimos.

¡Qué espectáculo hubiera producido semejante cantidad!

Y es verdad. No hay en España otro espectáculo, y por eso escribimos contra la fiesta que acapara todas las energías y pesetas de la raza.

La emoción de la estulticia.

Era un espectáculo de los que no se olvidan. Todos los espíritus estaban conmovidos por el accidente acaecido al lidiador. Todos los corazones estaban constreñidos por el lamentable suceso.

El extranjero en cuestión, ante esto, se hubiera dicho, seguramente: «Un pueblo que porque un toro ha inferido a un torero una herida de relativa importancia en el muslo se conmueve tan profundamente y presenta este gesto de dolor colectivo, es un gran pueblo, es un pueblo todo corazón, porque si esto hace cuando un torero sufre un rasguño, ¿qué no hará ante otra desgracia mayor, por ejemplo, cuando en Marruecos caen los pobrecitos soldados muertos por las balas de los moros?»



Este sabio, con Darwin, halló ciertas leyes por las que se vino en la idea de que los monjes y nosotros éramos *primos* hermanos. Pa mí que si es verdad, pues hay caras que dan la razón a Wallace a Darwin.

De El Socialista.



Un capricho psico-sociológico de Goya. Tiene miga el caprichito del formidable pensador aragonés. Como que se quedó solo en eso de ser el cirujano de hierro de toda una raza, y la raza... en la higuera. ¡Oh, divino Pucó, dá tu lápiz a alguno, a ver si vemos que aquí se ve algo...